

Iñaki Egaña

Una vida aplazada

Título: Una vida aplazada
Autor: Iñaki Egaña
Portada: Esteban Montorio

Edición:
Editorial Txalaparta s.l.
Navaz y Vides 1-2
Apdo. 78
31300 Tafalla
NAFARROA
Tfno. 948 703934
Fax 948 704072
txalaparta@txalaparta.com
<http://www.txalaparta.com>
Primera edición de Txalaparta
Tafalla, octubre de 2004

Copyright
© Txalaparta para la presente edición
© Iñaki Egaña

Fotocomposición
Nabarreraia gestión editorial
Impresión
Gráficas Lizarra

I.S.B.N.
84-8136-380-4
Depósito legal
NA-2583-04

 Txalaparta

La vida es esto; crueldad, ingratitud, inconsciencia,
desdén de la fuerza por la debilidad,
y así son los hombres y las mujeres, y así somos todos.
Sí; todo es violencia, todo es crueldad en la vida.
¿Y qué hacer? No se puede abstenerse de vivir,
no se puede parar, hay que seguir marchando
hasta el final.

Sacha Savarov

(personaje de *El mundo es así*, de Pío Baroja)

Capítulo I

París, septiembre de 2004

El pliego reposa sobre la mesa. A un lado un bolígrafo rojo mantiene aún un leve movimiento, como si un susurro continuo de aire golpease su lomo. Unas notas esparcidas acarician el vacío desde el borde de la mesa de mármol. Más tarde o más temprano terminarán por caer al sofá en el que se apoyan las patas de madera del escritorio. El reloj de pulsera, abandonado, marca la una y media. De la madrugada. Nunca me han gustado los relojes digitales. La luz de la lámpara es tenue, como si tuviera miedo en manifestarse más potente. En el patio, el sonido de un televisor irrumpe en la noche y la hace menos tenebrosa. Aunque parezca de mal gusto, agradezco su eco. El viento zozobra y, de vez en cuando, unas gotas, poderosas y consistentes, azotan el cristal de la ventana.

—¿Anda alguien ahí? —pregunto.

He tenido la sensación de que los sonidos que se introducen desde el patio corresponden a una persona. Sería sorprendente. Vivo solo. El viento y la madera de

una casa vieja siguen jugando con mis silencios. He dado tantas vueltas a la cuestión de escribir, sin atreverme a ejecutar el primer paso, que no puedo creer que sea capaz de hacerlo. Y, sin embargo, tengo la impresión de que esta vez va a ser la definitiva y que, finalmente, lograré alcanzar ese objetivo que persigo prácticamente desde mi infancia: encasillar entre letras esa vida tan acelerada que, ahora, comienza a escaparse.

Sé que es una presunción pensar que la mía puede ser más intensa que la de cualquier otro vecino. No por ello voy a echar marcha atrás. Los días se vuelven más largos, las noches se convierten en pesadillas interminables. «¿Qué terapia me aconseja?», fui capaz de lanzar en cierta ocasión a mi médico, sin siquiera ruborizarme. «Escriba», me contestó. «Yo lo hago», añadió. «Cretino», pensé de inmediato. Y ahora el cretino soy yo, escribiente de la nada, petulante de una vida acelerada.

Me hice, como es costumbre en alguien como yo que ha sido autodidacta hasta para cocinar, con una buena cantidad de libros, esperando encontrar cómo hacerlo, cómo articular, desde mi mente cartesiana, una letra con su compañera, un texto tras otro, una historia encadenada con la siguiente. En unos días sustituí la madera de la chimenea por hojas de tratados que explicaban cómo escribir perfectamente de la misma manera que podrían haber manifestado cómo dar la vuelta a una polea para mover un peso.

No me satisfizo ninguno de los manuales. Cambié de táctica y recurrí a quienes rompieron sus vergüenzas y mostraron sus técnicas. Leí a Dostoievski, de una época demasiado lejana a la mía, continué con James Joyce y su diario de poeta para perderme entre olores que desconocía y, finalmente, concluí con Julio Cortazar para no captar la ironía y la inteligencia de sus palabras. Fracasé de nuevo al intentar buscar un modelo y me sentí más cretino de lo que era. Recobré entonces alguna de las ideas de uno de los manuales. «Lo importante es empezar. Contar algo. Siempre habrá ocasión de corregir». Y así lo hice.

Ahora sé que reflexioné demasiado antes de comenzar. Porque dejé discurrir días enteros embutido en una falsa creencia: que las cosas son redondas y no necesitan de fisuras, sobre todo al describirlas. Me llevó su tiempo darme cuenta de que, en realidad, es justamente lo contrario. Que únicamente lo perfecto es susceptible de no ser verídico. Y, por extensión, que lo tosco e imperfecto es tan armónico que su ausencia, a estas alturas de la vida, me provoca pavor. El relato, sin embargo, parte de esa primera impresión, aquella que hoy no me convence, pero entonces supuse correcta.

Lo decía Einstein: «Pasado, presente y futuro son ilusiones, aunque sólo sean ilusiones pertinaces». El paso del tiempo nos plantea la eterna incertidumbre, nos retorna a la inmutable irrealidad de lo transitado, nos lleva a suspirar por lo efímero del ahora y nos expulsa a un futuro insignificante. ¿Qué somos?

Escribir es una tarea reflexiva y, en consecuencia, dolorosa. Me hubiera gustado que los recorridos que comienzo a describir hubieran tomado otro rumbo. Pero, en este estadio, es imposible. Ni siquiera Dios, al que jamás he visto, puede rebobinar sus caprichos para modificar su resonancia. Sé que entre mis letras se deslizan ilusiones y esperanzas que no tuvieron reflejo en la realidad. Que algunos de los pasajes no han existido sino en mi mente y que otros serán fruto de la cadencia de la pluma, obligada a completar escenarios. Ésa es la esencia de los humanos, una mezcla de recuerdos, atiborrados de anécdotas, a los que condimentamos con interpretaciones *a posteriori*.

Quiero concluir con una pequeña pero importante anotación. Las secuencias de mi vida tuvieron ritmos y expresiones muy diferentes. Desgraciadamente, las he unificado con frases y párrafos descritos años después. Son las letras de un hombre de más de sesenta años que describe los trazos de aquél que fue. He intentado ser lo más fiel a las inquietudes de cada época pero sé de sobra que aquellos pasajes están condicionados por el presente, por lo que he vivido. Para que me entienda el lector: lo

que va a examinar en cada capítulo, lo que va a adivinar entre las palabras, tiene una conclusión determinada. Yo la conozco, como es obvio. Espero no dar demasiadas pistas al respecto. No me gustan las historias que comienzan por el final, no me agradan las crónicas anunciadas. Espero no fallar en el intento.

Con el permiso de ustedes comenzaré desde el principio.

Capítulo II

Iowa City, 28 de enero de 1943.

Después de tantas veces que pregunté sobre aquel día y de tantas respuestas recibidas al fin he logrado forjar un escenario satisfactorio. Sospecho que no se corresponde demasiado con la realidad, aunque es el escenario que me complace. Me refiero al día de mi nacimiento. ¿Un punto de partida virtual? Me da lo mismo. Lo he recreado tantas veces que en él creo, como si yo mismo lo hubiera pintado mientras surgía.

No es una inquietud única. Mis amigos, quizás debiera decir “conocidos”, confiesan las circunstancias de sus respectivos nacimientos, como si hubieran estado presentes. Y, como es obvio, nadie tiene la conciencia suficiente para recordarlo. Cada uno de ellos se ha preocupado en dirigirse a quienes conocen aquellos detalles: progenitores, familiares, médicos, enfermeras... Y así llegaron a conformar una ficha. Día, hora, tiempo meteorológico, situación del padre, ánimo de la madre, etc. Así lo hice yo. Para no ser ni más ni menos que los de mi

alrededor. Puede parecer una simpleza, pero las simplezas nos ayudan a sostenernos.

 Mi llegada fue especial. ¿Cómo sino de otra manera?

 Era una mañana de invierno. Ya lo habrá adivinado el lector por el título del capítulo. El cielo, plomizo, anunciaba la nieve desde unas cuantas horas antes. Por las rendijas de la puerta que descendía hacia el jardín irrumpía un viento helador. Mi madre solía tapar la hendidura con una toalla, que había tenido previamente junto a la chimenea, para frenar las embestidas del viento. Siempre era la misma toalla: grande, espesa, árida y... oscura. Oscura de los años y del hollín de la chimenea.

 En la planta baja un gran salón ocupaba la mayor parte de la superficie de la casa. Dos habitaciones, un baño y un cuarto siempre cerrado con una llave de la que jamás supe, completaban el rectángulo que era. Hacía abajo, por unas escaleras de piedra áspera, se abría un espacio enorme, de la misma proporción que el superior, con libros, cajas que nunca se abrieron, una lavadora de la que, en marcha, surgía un ruido infernal y varias bicicletas, roñosas y con la pintura descascarillada, como si estuvieran prestas para ser enviadas al desguace más cercano. Únicamente faltaba añadirles la dirección. La decoración de la planta a ras de tierra era austera. No había cuadros, ni carteles, ni símbolos que denotaran gustos determinados. Más bien lo contrario.

 El viento silbaba en el exterior...

 Abrió mi madre la ventana y dejó en el alféizar un plato repleto de migas de pan rebozadas levemente con unas gotas de leche. No había pájaros por las cercanías. Sin embargo, y como sucedía el resto de los días del invierno, antes de que transcurrieran unos minutos el plato estaría vacío. El plato pertenecía a una vajilla que iba a juego con la casa. La recuerdo nítidamente. Platos, fuentes y soperas de un blanco pálido y cuarteado, como los restos del naufragio de una familia aristócrata, suponía que centroeuropea, del país de Sisí. Los

bordes de los platos estaban revestidos de una fina franja dorada, incrustada en la porcelana.

Sñar con aquellos días de mi infancia es recuperar la visión de los platos con sus dibujos descoloridos.

En nuestro jardín se posaban unos cuantos pájaros de esos que en Europa se llaman tordos o mirlos y en Norteamérica los designan como *robin*. Luego he sabido que ambas definiciones son inexactas ya que los ejemplares americanos tienen el pecho cobrizo, mientras que los europeos se deslizan hacia el negro, con la salvedad de las hembras que son del color de las castañas. Unos y otros deben de ser primos, si puede ser correcto el trasladar el parentesco de los humanos a las aves. Lo cuento porque, más adelante, aquel recuerdo transmitido por mis padres se fijó entre los más sólidos. No adelantaré acontecimientos. Únicamente apuntaré que este pájaro da nombre al Kosovo, “campo del mirlo” en serbio, al igual que en alemán con la salvedad de la transcripción: *amsselfeld*.

El jardín era amplio. Extenso, sin embargo, no es sinónimo de primoroso. La hierba la cortaba un jardinero que aparecía muy de tarde en tarde, de ojos hundidos y semblante salpicado de huellas de viruela. Caminaba arrastrando los pies y yo suponía que tenía más años que el bíblico Matusalén. Imponía con su presencia. Era tosco y huraño y jamás se dignaba a hablar con nadie que no fuera mi madre. Entre corte y corte, la hierba crecía desordenadamente y se llenaba de pegotes de barro en cuanto llovía. Hacia arriba crecían tres árboles, un roble, de los que se estilan por estos lugares, es decir, con la hoja bien grande y punteada. Y dos abedules. Más de una noche confundía las vetas blancas de las cortezas con alguna luciérnaga perdida. Me levantaba de la cama y me acercaba a la ventana de mi cuarto que se abría directamente hacia el jardín. Pegaba los ojos y mi nariz al cristal hasta que el vaho de mi aliento iba formando una capa tan gruesa que no me permitía distinguir los contornos del exterior. Entonces, borraba con la palma de la mano el vaho del cristal y fijaba la mirada

descubriendo que no había luciérnagas y que el brillo de la luna en la corteza del abedul era suficiente para excitar mi imaginación infantil.

En verano, utilizábamos unas sillas pintadas de blanco que colocábamos alrededor de una mesa circular. Cuando el tiempo lo permitía, algo que en Iowa se circunscribe a unos pocos meses, almorzábamos en el exterior. Comer fuera me agradaba tanto que muchas veces pasaba del jolgorio a la excitación, enfadando a mi madre que no soportaba alterar los escenarios. Cuando eso sucedía, volvíamos al interior. A regañadientes. En los días siguientes procuraba mantener la compostura, hasta que explotaba de nuevo y brincaba sobre las sillas del jardín o tiraba una piedra a un pájaro, mientras mi madre ultimaba el guisado. Asomaba la cabeza por la ventana, contemplaba el espectáculo y, con severidad, decía:

—Adentro.

En una esquina del jardín, como si creciera de forma espontánea, se alzaba una columna de mármol. Jamás he sabido qué función cumplía. Tampoco lo supo mi madre a quien pregunté tantas veces por ello que me prohibió mencionar su presencia. Así que la columna se elevaba un metro desde la tierra húmeda, pero no existía, o mejor, su nombre no podía ser citado so pena de recibir una reprimenda. Era una columna imaginaria, en la que se posaban los pájaros con delicadeza, en cuyo dosel solía depositar piedras diminutas mezcladas con migas de pan esperando que las avecillas engulleran, con las prisas, los guijarros. Pero jamás pasó tal cosa. Las aves robaban el pan y despreciaban las piedras. Desde entonces, los pájaros han sido criaturas de mi consideración.

No quiero perder el hilo de los orígenes.

Aquel día nevaba, con suavidad. Los copos semejabán plumas, meciéndose de un lado al otro como si formaran parte de un vals. La hierba se cubría con rapidez de un manto blanco, haciendo caso omiso a la lentitud de la tormenta que intentaba frenar esos momentos má-

gicos en los que los colores van difuminándose, poco a poco, cubiertos por la nieve. La extraña columna de mármol que crecía en el jardín, atrapada en su base por la hiedra, se resistía a la transformación. A las sillas, en cambio, apelotonadas junto a la verja hasta la próxima primavera, se las engullía la nevada. La niebla, saltarina en las orillas del riachuelo y aburrída de la indiferencia de los arbustos, abandonaba su salón de juegos y avanzaba en dirección al grupo de villas más cercano.

Hacía frío. Mi madre corrió la ventana y, entonces, notó la primera contracción. Fue un golpe certero, prolongado pero seco. Contuvo la respiración y aguzó el oído. El silbido del viento dejaba su estela acústica. El resto, silencio. Con una mano asió el pomo de la ventana y con la otra corrió la cortina. Esperó que su vientre hablara. La niebla enroscaba el jardín hasta cubrir el temporal. Sólo los copos más cercanos dejaban traslucir su aventura viajera. Frotó el cristal con la palma para tener mejor visión. No era el vaho lo que la impedía sino la niebla, endurecida por momentos. La leña de la chimenea repicó y ella giró la vista, instintivamente. Entonces sintió la segunda contracción.

Mi madre dudaba de todo. Jamás se sentía segura de nada hasta que cercioraba todos los detalles. Por eso siguió asiendo el pomo de la ventana y aguardó a que otro par de contracciones le corroboraran lo que se avecinaba. Un *redbird*, que los manuales traducen por algo así como cardenal norteno, uno de los pájaros más comunes en aquellos parques, atrapaba la primera de las migas de pan empapadas. Apenas si lo veía, a través de la niebla.

—Ya viene —le dijo al pájaro.

Regresó a la habitación. Se colocó un abrigo que colgaba detrás de la puerta, se calzó los zapatos y tomó una bufanda antes de salir. El viento seguía soplando con fuerza. La nieve ya no se mecía a merced de las corrientes del aire sino que caía con ímpetu. Espesa como el requesón, tenaz como el arroyo. Ya no era un cuadro idí-

lico, sino una ventisca. En toda regla. Con el tiempo las conocería a la perfección. En el centro de Estados Unidos hay que estar prevenido contra estas ventiscas. «De la prevención puede depender tu vida», hubo un mensaje apocalíptico que recuerdo en las calles en los tiempos de mi niñez.

Cruzó el jardín y corrió la puerta de la verja, traspasando a la casa contigua. Hizo sonar una campanilla que colgaba de la entrada. Un perro ladró en la lejanía y su aullido se ahogó en el silencio. Una mujer salió al recibidor de inmediato. Se frotaba las manos, embadurnadas de levadura, en un delantal amarillo que le colgaba de la cintura.

–Ya viene –le dijo.

Mi madre atravesó el recibidor de la casa mientras la anfitriona desaparecía. Volvió al cabo de unos minutos, con las manos limpias, sin el delantal amarillo.

–Tienes la habitación preparada –señaló secamente–. ¿Vas a subir ya o esperamos juntas aquí, en el salón?

–Esperaré aquí –respondió mi madre.

Y en la sala aguardaron a que yo naciera, mientras en el exterior la ventisca azotaba los cristales y las ventanas con una fuerza descomunal. El viento rugía y la iluminación tenue del invierno fue desapareciendo para dejar paso a la oscuridad de la noche. La sala se cubrió de sombras.

Durante la noche mi madre y su vecina compartieron la espera, acogotadas por la tempestad y sin apenas cruzarse más palabras que las necesarias. La vecina hacía calceta y, de vez en cuando, encendía el aparato de radio que, únicamente, emitía música. La luz se iba y volvía, dejando el aparato a merced del capricho de la tormenta. Recorría el dial a la búsqueda de informaciones, de la guerra, que no encontraba.

–Es inútil –debió de decir a las tres de la madrugada. Ya no volvió a encender el aparato.

A la mañana siguiente nació yo. El día en el que se cumplían cuatro años exactos de la muerte de un gran poeta, William Butler Yeats, irlandés.

*When you are old and grey and full of sleep,
And nodding by the fire, take down this book,
And slowly read, and dream of the soft look
Your eyes had once, and of their shadows deep.*

Fue un parto sencillo, según contaba mi madre, ayudado por una circunstancia oportuna: la vecina era matrona.

—¿Cómo sabes que fue sencillo si jamás has tenido con qué comparar? —le señalé en cierta ocasión.

Me he adelantado a la historia, descubriendo que fui el único hijo de mis padres. Ser hijo único no es ninguna maravilla, al contrario de lo que pueda parecer. Ser hijo único, como lo soy yo, es estar abocado a la soledad desde la infancia.

—Porque lo dijo la vecina —me respondió frunciendo el ceño de esa forma que sólo ella sabía.

Ni el marido de la matrona ni mi padre estuvieron presentes.

Ni los hijos de la matrona porque ella tampoco los tenía. Ni los tendría jamás. Al menos con su marido de entonces.

Nadie se acercó a pesar de que la ventisca fue remitiendo, el viento aflojando y de que la nieve se volvió más y más aguada, hasta convertirse en una fina lluvia que se esfumó cerca del mediodía de ese 28 de enero de 1943. La temperatura subió unos grados, los suficientes para que el hielo desapareciera de los caminos y los charcos se tornaran inofensivos. Al atardecer, las nubes se disiparon finalmente y el sol surgió brillante por el horizonte. Parecía como si amaneciera cuando lo cierto es que el ocaso estaba cerca. Algunos gallos llegaron a cantar, suceso que fue recordado por mucho tiempo. Los rayos solares se habían ausentado tanto que esa aparición fugaz del disco rojo por las colinas del Este engañó a todos los vecinos de Iowa durante unos minutos, los

necesarios hasta que la luz fue disminuyendo y cayeron en la cuenta de que las manecillas del reloj seguían corriendo inexorablemente.

Las razones del abandono en el que llegué al mundo son del todo explicables. Para eso, además, he encontrado este medio excepcional que es la escritura. Las de una matrona solitaria, desatendida en su casa por el marido, son más simples de exponer que las de mi madre. Las relato brevemente.

En aquella época, me refiero a 1943, el mundo estaba convulso por una guerra que había comenzado Hitler tres años y medio antes, invadiendo Polonia. Decía mi padre que Hitler era el mayor asesino que jamás había conocido la historia y que nunca habría tiempo en la vida para explicar todas y cada una de sus atrocidades. Desde entonces, desde la invasión de Polonia, lo que parecía un conflicto lejano, de los que tan acostumbrados estaban los europeos, se torció. Japón e Italia se sumaron a las ansias de conquista de Hitler y, en poco tiempo, la guerra se extendió. El 7 de diciembre de 1941, la aviación nipona se lanzó sobre la base aérea de Pearl Harbor, en el Pacífico, provocando la entrada en la guerra de Estados Unidos. El Congreso norteamericano fue contundente: todos a favor de la guerra, excepto la republicana Jeannette Rankin que también en 1917, rota en un mar de lágrimas, había votado en contra de la declaración bélica contra Alemania.

El recorte del *Iowa News* de aquella declaración de guerra del presidente Roosevelt lo he visto por casa más de una vez: «Siempre, toda nuestra nación recordará la índole del ataque lanzado en contra nuestra. No importa qué tiempo necesitemos para dominar esta invasión premeditada. El pueblo norteamericano con su poderío, al que le asiste el derecho, obtendrá una victoria absoluta».

La Rankin debía de ser una mujer de armas tomar, porque se enfrentó al mismo Roosevelt, no sólo con el voto en contra, sino con su verbo. Su contestación fue

rotunda: «No se puede ganar una guerra como tampoco se puede ganar un terremoto». Años más tarde me enteré que dicha señora había sido la primera mujer en la Cámara de los Representantes.

Al calificar la contienda hubo unanimidad: la Segunda Guerra mundial. Y, por ello, el marido de la matrona fue movilizad, dejando a su esposa descompuesta y con la angustia a flor de piel. Nunca he sabido a qué frente lo enviaron. A ella la recuerdo viuda y supongo que su marido murió en alguna trinchera francesa o, quizás, en alguna batalla naval de aquellas que tuvieron lugar en el lejano Pacífico. Siempre he pensado, sin embargo, que el marido de la huraña vecina falleció en Europa. ¿Qué hacía si no un soldado de tierra adentro en un océano inmenso?

¿Y mi padre? ¿Por qué no estaba?

La explicación es más complicada.

Unos años antes de la Guerra mundial, en 1936, otro territorio europeo sufrió una gran convulsión. Era España que, a partir de un golpe de Estado que no fructificó, se vio embutida en una guerra civil que se alargó cerca de tres años. Trescientos mil, quinientos mil... un millón de muertos, según se decía. Fue terrible.

En el norte español, pegado al Atlántico que en esas costas se transforma en el bravo mar Cantábrico, se encuentra el País Vasco. De ahí procedía mi familia, tanto mi padre como mi madre. En la guerra, los vascos tuvieron, quizás mejor debería mantener la primera persona y decir "tuvimos", un gobierno autónomo que ejerció su influencia hasta donde pudo que, a pesar de la contienda, fue mucho. Es decir, se comportó, más o menos, como si administrase un territorio independiente.

Lo de aquel gobierno fue algo excepcional. Tuvo el apoyo unánime de todos los grupos y sindicatos que mantuvieron su lealtad a la República. En cierta ocasión, ya adolescente, lo puse en duda delante de mi padre. Se contrarió:

—Eres un mocoso. El gobierno también tuvo el apoyo de los anarquistas.

–¿Pero cómo iban a apoyar a un gobierno burgués los anarquistas?

–Porque la situación era excepcional.

Algo sabía de la guerra, aunque no mucho. Contraataqué, o creí hacerlo.

–¿En Cataluña? Se liaron a tiros entre unos y otros.

–Pero en Euskadi no fue así. Hasta en eso éramos diferentes –contestó.

Euskadi era el nombre del País Vasco, un nombre inventado por Sabino Arana que, a finales del siglo XIX había teorizado sobre la independencia de nuestro territorio de franceses y españoles, que eran quienes lo sojuzgaban desde tiempos inmemoriales. Decir Euskadi era como decirlo todo. Era una palabra eléctrica, de una carga casi sobrenatural. Cuando alguien lo pronunciaba solíamos mirarlo de inmediato y, en unas décimas de segundo, lo radiografiábamos.

Por Euskadi había nacido yo, lejos de donde supuestamente debería haberlo hecho.

Pierdo el hilo. Estaba aún en la guerra y en el Gobierno Vasco.

Los vascos, como los españoles o los catalanes republicanos, perdimos la guerra. En marzo de 1939 llegó el fin. Decenas de miles de exiliados cruzaron la frontera hacia el norte, hacia Francia, mientras otro puñado se lanzaba a lo desconocido y, en botes o embarcaciones que asustaban por su menudez, alcanzaron, hacia el sur, las costas de África. En fin, que aquello fue una crónica más de ese siglo tan convulso que fue el XX. Trágico, dramático... adjetivos que no se ajustan a los hechos más horribles que alguien pueda imaginar.

A principios de 1939 mi padre y mi madre habían alcanzado ya Perpignan, huyendo de la guerra. Mi padre, funcionario del Gobierno Vasco que entonces estaba desmantelando su sede en Barcelona, había logrado un salvoconducto que les evitó, a él y mi madre, situaciones comprometidas. Ni fueron internados en campos de

concentración, ni tratados como bestias en los trenes que los desplazaban, ni fumigados al cruzar la línea fronteriza como cerdos sospechosos de portar la triquinosis, como las autoridades francesas lo hicieron con la mayoría de los huidos.

Ambos se acomodaron en Toulouse, hasta que se produjo la invasión alemana y, de nuevo, el movimiento. Después de varias peripecias, en enero de 1941 se embarcaron en Marsella en un vapor de doce mil toneladas, el *Alsina*. ¡Cuántas veces he pensado completar un guión cinematográfico sobre el viaje que llevó a mis padres a América, sobre la odisea que me hizo nacer, finalmente, en Estados Unidos y ser ciudadano de ese país! El barco, con unos 250 pasajeros españoles, vascos y judíos, completó 441 días desde ese día de guerra de 1941 hasta que los últimos pasajeros, 52, llegaron al último destino, Buenos Aires, después de atracar en puertos de Marruecos, Senegal, México, Venezuela, Cuba y Uruguay.

Como si fuera una cuestión cabalística, mi padre solía añadir esos 441 días del *Alsina* a los 987 que se prolongó la guerra civil española. Entre ambos sumaban 1428 días. Y esa cifra tenía varios significados. El primero, quizás el más importante: era el número de chapa de aita durante la guerra. El segundo: el año de coronación en Pamplona de la reina Blanca, la que desposó con Juan II, el padre del nefasto Fernando el Católico. El tercero, que 1428 era un número maléfico, por esas dos cuestiones, la de la guerra y la del Católico y que, por tanto, necesitaba un antídoto: el 8421, su contrario. Los 8421 días convertidos en años daban 25 y unos cuantos meses. Resultado: $1939+25=1964$. Ése sería el año de la muerte del dictador, de Franco.

Se equivocó en 11 años. Casi nada.

¿Qué más decir del *Alsina*? A finales de enero el barco llegaba a Dakar, la capital de Senegal, que había sido bombardeada dos días antes por buques ingleses, debido a su condición de emplazamiento dependiente del Gobierno de Vichy, el nazi. En esta población, la tripula-

ción supo que no recibían, por pertenecer a la Francia de Pétain, el correspondiente permiso para dirigirse hacia puertos americanos. El *Alsina*, anclado en la bahía, con una temperatura exterior que en muchas ocasiones llegó a los 45 grados, llegó a conocer, entre decenas de crónicas, el motín de su tripulación. En junio de 1941, los motores del vapor pusieron rumbo a Casablanca. En la ciudad marroquí, el grupo vasco fue dividido en dos: a los que tenían hijos les ingresaron en Sidi-el-Ayashi, un campo de concentración a 80 kilómetros de Casablanca, y al resto a Kashba-Tadla, distante en 200 kilómetros. Ambos campos estaban dirigidos por funcionarios alemanes. Mis padres, como ya lo habrán adivinado, fueron internados en Kashba-Tadla.

A estas alturas supongo que debería entrar en detalles. No puedo seguir con esas expresiones tan impersonales de «mi padre» o de «mi madre». Mi progenitor era Tomás, larguirucho, como solían decir sus amistades, nervioso por cualquier circunstancia, con algunos tics en sus nervios faciales que, con el tiempo, se hicieron más notorios. Tomás Garcíandía, era natural de San Sebastián, al igual que mi madre, Asunción Agote, la que dio a luz en una vivienda perdida de Iowa, a tantos kilómetros de la casa de su niñez, que jamás había tenido el humor de calcularlos.

San Sebastián, Donostia en euskara, la lengua de los vascos, fue la ciudad de mis sueños porque en ellos forjaba lo que nunca había visto. Completar un escenario real a partir de retazos y material imaginario, es decir voluble, tiene sus riesgos. Habitualmente, las cosas no son como uno las desea y la desilusión de un encuentro puede echar por tierra años de fantasías. Pero estas reflexiones no me importaban, más bien al contrario. Deseaba con todas mis fuerzas sentir todos los detalles de la ciudad en la que habían surgido mis padres y en la que hubiera nacido yo, en otras circunstancias.

Eché de menos unas casas apelotonadas, un río estrecho y unas rocas pegadas a la mar.

Eché de menos, también, el calor de una familia grande. Me costó tiempo saber de la existencia de un abuelo (abuela, más bien) y cuando lo supe no pude reprimir una sensación enorme de vacío. Bien es cierto que mis compañeros veían a los suyos de tarde en tarde y que no tenía yo demasiados motivos de envidia, pero esa sensación existía cada vez que alguno de los vecinos recibía en su casa a un par de ancianos de pelo blanco y abrigos largos porque, no sé a qué razón se debía, las visitas se producían en invierno. Quizás cercanas a la Navidad o al Año Nuevo. No lo recuerdo con claridad lo que, por otro lado, también es significativo. Mi sensación de ausencia era muy pasajera y nada profunda.

A finales de octubre de 1941, los viajeros del *Alsina* retornaron a Casablanca, después de intensas gestiones internacionales, ya que entre los pasajeros del vapor se encontraba Niceto Alcalá-Zamora, ex presidente de la República española. Después de obtener todos los permisos necesarios, continuaron el viaje en el *Quanza*. Llegaron a México. Más tarde, Tomás fue llamado por el presidente del Gobierno Vasco en el exilio, que había establecido su sede temporal en Washington. En unas semanas Tomás y Asunción se habían establecido en Iowa.

Capítulo III

Iowa City, febrero de 1953

La vida despierta a una velocidad endiablada.

No tuvo que pasar demasiado tiempo para entender que mi padre Tomás era un espía. La constatación me llegó con el uso de razón, aunque quizás debiera decir que cuando supe que mi padre era espía me entró el uso de razón.

Para cualquier niño tener un padre espía hubiera sido motivo de orgullo. Tanto o más que bombero, la referencia preferida de los niños de mi generación. Pero en mi caso, como supongo que en el caso de los hijos de otros espías, no aportó ninguna razón para agrandar mi engreimiento. ¿A quién podía hablar yo de la profesión de mi padre? A nadie, aunque siempre hay alguna excepción. Si el secreto se hubiera extendido habría dejado de serlo. Los jefes del señor Tomás le hubieran retirado su confianza y, en consecuencia, ya no hubiera sido espía. Quizás funcionario. Pero jamás espía porque para ser espía nadie puede estar al tanto de ello. Bueno, lo de

nadie es relativo porque sus jefes ya sabían en qué andaba. Y la familia, por supuesto, su esposa, mi madre.

Ésas fueron mis primeras reflexiones sobre el espionaje. Reflexiones de niño.

La primera noticia me alcanzó una mañana de no recuerdo qué día. Llegó al cartero con un pequeño paquete. Mi madre dejaba todos los sobres en el despacho de mi padre. Pero esa mañana no estaban. Tomé toda la correspondencia y, como solía hacerlo mi padre, me senté en su confortable sillón. Me apropié de su pipa, que guardaba en la biblioteca y, siguiendo su costumbre, me dispuse a abrir los sobres, incluido el paquete. Fue una pequeña decepción. Aquello eran películas, luego lo supe. Era algo desconocido para mí. Pero cada fotograma era una intriga. Saqué la película de su rollo y la desenrosqué hasta que quedó desparramada por la alfombra. No había forma de volverla a su sitio. Así que cuando me aburrí la dejé esparcida. Se me olvidó la aventura hasta que mi madre volvió.

—¡Dios mío! ¿Qué has hecho?

En su mirada capté mi imprudencia.

—¡Tu padre te va a matar! —añadió.

Y me dio una bofetada.

Me retiré a mi cuarto, repleto de rabia, intentando reprimir esas lágrimas que, finalmente, colmaron mis mejillas.

A la mañana siguiente el autobús de la escuela me recogió, como era habitual, en la parada de Middle Street. Un viejo y amarillento aparato nos transportaba recorriendo toda la ciudad, de punta a punta. El viaje se hacía tan cansino que algunos niños recuperaban el sueño que habían interrumpido poco antes.

Graham era mi mejor amigo. El único que entendía, pacientemente, mi idioma cargado de monosílabos e imprecisiones. El asiento contiguo al suyo siempre estaba libre. Los compañeros lo respetaban.

Todavía me hervía la sangre del bofetón de la noche anterior. Le conté el descubrimiento.

–*Your father is a spy.*

Fue la primera vez que oía la palabra *spy*.

–¿Qué es un espía? –le pregunté.

–Un señor que conoce muchos secretos.

–¿Secretos?

–Sí, secretos. Los espías copian los secretos de nuestros enemigos y se los hacen llegar a nuestro gobierno.

La afirmación de Graham no encajaba en mi mente de niño.

–Pero... nosotros somos vascos. Nuestro gobierno está en París –repetí una frase que había oído en casa.

–Eso no importa.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo sé –contestó con rotundidad.

El autobús continuó su marcha, recogiendo niños. El motor rugía en las cuestas como si fuera un pulmón abrumado por el humo. Permanecimos en silencio un buen tramo, hasta que Graham volvió a hablar:

–Será que tu gobierno y el nuestro son amigos.

–Así será –le contesté convencido.

Graham me daba seguridad. Era un niño flacucho, nervioso como las libélulas de la primavera. Sus párpados estaban en continuo movimiento y se pasaba la lengua por los labios con una frecuencia que exasperaba a la maestra. Sus dedos eran largos y finos, como los de un violinista.

Antes de llegar a la escuela reaparecieron sus reflexiones.

–No le digas a tu padre que sabes que es espía.

–¿Por qué?

–Porque dejaría de serlo. Nadie debe conocer su secreto.

–¿Ni siquiera su familia?

–Ni siquiera su familia.

Subíamos las escaleras de la escuela cuando volvió a la carga.

–Los espías viven en peligro continuo.

Esa aseveración terminó por convencerme. Si aita, como le llamaba, vivía en peligro, yo debería de saberlo. Quizás alguna vez pudiera ayudarle a salvarle de los malvados. Bendita infancia.

La entrada en la clase ocultó mis observaciones. Graham y yo jamás volvimos a hablar sobre el tema.

Iowa City contaba con dos escuelas de primaria. Las dos eran del Estado y las dos parecían tan similares que entonces no entendía el porqué de la separación. Luego lo supe. La primera y más antigua había sido fundada por los “republicanos”. La segunda, más reciente, por los “demócratas”. Iowa era un Estado republicano pero, en plena guerra, los demócratas se hicieron con el poder local. Fue una mayoría muy ajustada. Así que, antes que reformar la educación y el profesorado de la escuela clásica, crearon una nueva que pronto acogió a sus simpatizantes.

Graham y yo íbamos a la escuela republicana. Nuestro edificio, a pesar de que tenía unas grandes y gruesas columnas, rezumaba olor a viejo. Por sus pasillos desfilaban hileras de hormigas, como si fueran senderos campestres. La demócrata, en cambio, era nueva, con unas enormes cristaleras que en verano, cuando estábamos de vacaciones, reflejaban los rayos del sol y, con fortuna, los del arco iris.

Mi primer año en la escuela fue especialmente complicado. En casa hablábamos en castellano, mezclado con algunas palabras en euskara. Chapurreaba el inglés,

lo entendía como consigue entenderlo un niño de cinco años y, cuando empecé aquel curso, pude comprobar que el idioma de aquellos otros niños era bastante más complicado que el que yo balbuceaba.

No había pasado una semana del inicio de las clases cuando mi madre tuvo la primera reunión con el director de la escuela. Los días anteriores habían sido el infierno.

–No voy a volver –repetía yo entre lloros.

La situación se complicó y mi padre entró en escena. Regresó de un viaje, siempre estaba de viaje, y, directamente, pasó por la escuela, llevando una gran maleta reforzada con correajes. Me llamó el director a su despacho. Allí estaba mi padre, sentado frente a su mesa, con la mano estirada, asiendo su maleta. Su semblante reflejaba severidad.

–Hijo –me dijo delante del maestro que no entendía una palabra de castellano–, las cosas son así y hay que aceptarlas como vienen.

Desde muy temprana edad mi padre me hablaba como si fuera un adulto. Han tenido que pasar muchos años para que yo encontrara un sentido a sus frases rimbombantes. Mi respeto hacia sus solemnidades era tal que yo le trataba de «usted». Nunca me lo reprochó.

Acto seguido se orientó hacia el director y conversaron en inglés. Ese día perdí la clase. Mi padre pidió un taxi y, juntos, tomamos el camino de casa. No me dirigió palabra alguna en el trayecto, tampoco en las horas siguientes. Se encerró en la biblioteca. En la cena retomó el tema, como solía hacerlo, de manera grave.

–Después de las clases te quedarás una hora más para reforzar tu inglés.

–Y ¿el autobús? –preguntó mi madre.

–Tú irás en su busca –añadió dirigiéndose a ella.

Así fue, con una maestra que me hacía repetir mil veces cada palabra hasta que la memorizaba. Durante mi primer curso en la escuela republicana de Iowa City, mi madre me esperaba una hora después de la salida del

resto de alumnos. Caminábamos unos pasos, bajo el sol, la lluvia o la nieve, en la oscuridad en invierno, con más luz en primavera, y esperábamos la llegada del autobús de línea. En sus rodillas, acurrucado como un gato, me dormía plácidamente y no me despertaba hasta el día siguiente.

Al principio, me agitaba cuando descendíamos del autobús; días después, al entrar en casa, después de haberme llevado encima, como un fardo. Y yo lloraba, amodorrado como estaba. Enseguida cambió de táctica. Por la mañana, me preparaba tantos bocadillos que me atiborraba. Poco antes de la hora de salida comía el último. De esa forma, sus angustias por mi alimentación desaparecieron. Y ella se sintió aliviada. Dormía, y ya en casa, sin despertarme, me acomodaba en la cama, vestido como estaba, y me cubría con la manta. En el autobús, sentado en su regazo cantaba una canción de cuna, aprendida en su infancia, que recitaba con un sentimiento que, aún hoy, me provoca una congoja infinita:

*Haurtxo polita sehaskan dago,
zapi xuritan txit bero.
Amonak dio: ene potxolo,
arren egin ba lo.*

*Txakur haundia etorriko da
zuk ezpadazu egiten lo;
horregatik, ba, ene potxolo,
egin aguro lo.*

Lo, lo, lo!

Y me dormía, pegado a su pecho, sintiendo los pliegues de su sujetador en mi mejilla, oyendo el tic-tac de su corazón como si fuera un reloj. Era el momento mágico del día, en el que se me olvidaban todas las penas de niño, las horas en clase en medio de extraños. Hubiera repetido un año más de refuerzo al idioma con tal de apreciarla cerca, de sentir su calor en mi semblante. Durante años, cada vez que entraba en un autobús, esta evocación me golpeaba y me llenaba de ternura.

De los maestros de la escuela de Iowa apenas guardo recuerdos. Graham decía que todos ellos eran viejos, muy viejos, aunque, más tarde, he sabido que apenas pasaban de los treinta años. Cuando somos niños nuestras medidas son mayores que las que adaptamos al convertirnos en adultos.

Durante varios cursos, uno de los profesores repitió con nosotros sus enseñanzas. No cambió ni su discurso, ni sus formas y, para el tercer año, ya sabíamos de memoria lo que nos iba a decir, sus anécdotas y sus chistes. Vestía, indistintamente, ya hiciera frío, ya calor, una chaqueta azul marino que ocultaba una camisa blanca sin cuellos. En su mano derecha lucía un reloj extraño, con una esfera negra. Nunca vimos las manecillas.

Le teníamos auténtico pavor. Su aspecto físico impresionaba. Era manco, casi desde el hombro, y le faltaba el ojo del mismo lado. La piel se le pegaba, sin cejas, ni pestañas, agrandando el hueco y provocando un efecto repulsivo. Era nuestro profesor de Historia, historia de Estados Unidos, y había sido combatiente en la Segunda Guerra mundial.

–Buenos días –decía cuando entraba, en un inglés de la costa oeste–. ¡Dios salve a América!

–¡Dios salve a América! –repetíamos nosotros, al unísono.

Y se enfundaba una gorra, militar, que ladeaba en su frente. Siempre repetía la operación y, entonces, sabíamos que la clase comenzaba y que sacaría sus apuntes del bolsillo de su chaqueta opuesto a la mano sobreviviente. En el otro guardaba una pequeña botella de güisqui que consumía mientras nosotros nos dedicábamos a copiar sus apuntes de la pizarra.

Al terminar su clase, cuando sonaba el timbre en el patio, nos poníamos en pie y, juntos, cantábamos el himno nacional:

*Oh, say can you see by the dawn's early light
What so proudly we hailed at the twilight's last gleaming?...*

Por eso, éramos los últimos en salir al patio y, para entonces, las canastas de baloncesto ya estaban ocupadas. Aborrecíamos su clase.

Una vez al año, nos instruía. Sonaba una sirena que él mismo ponía a punto, y nos movilizábamos, siguiendo las instrucciones repetidas durante toda la semana. Era un acontecimiento. Apagaba las luces y corríamos en fila, sin apelotonarnos, buscando los sótanos del colegio. De un armario obteníamos unas linternas y nos separábamos en grupos de a diez, cada grupo con su linterna.

Dispuestos sin tocar la pared pero cerca de ella, el profesor hacía sonar un silbato y, entonces, brotaba un silencio sepulcral. Se colocaba una máscara y ajustaba su reloj de esfera negra que, sorprendentemente, brillaba en la oscuridad. Hablaba durante unos minutos pero nadie le entendía porque su capuchón hacía que sus palabras fueran ininteligibles.

–Es una máscara anti-gas –decía Graham–. Por si atacan los rusos.

Cuando acababa el ejercicio, retornábamos atropelladamente a nuestras aulas y reanudábamos las clases como si nada hubiera ocurrido.

Graham decía que míster Wallace, ése era su nombre, fue herido en el Pacífico y que había sido un afortunado al salvar su vida. Según Graham, Wallace fue un superviviente del ataque que un avión kamikaze hizo a un navío norteamericano y que la mayoría de sus compañeros perecieron. Él, en cambio, jamás nos habló de semejante aventura.

–¿De dónde sacas tus historias? –le pregunté en cierta ocasión a Graham.

–Las conozco de siempre –y lo decía con tanta seguridad que yo estaba firmemente convencido que había nacido sabiéndolas y que no necesitaba asistir a la escuela como el resto. Durante años pensé que el nacer instruido era cuestión de suerte y que la mía era más bien escasa, por eso de pertenecer a Euskadi, un territorio derrotado con un gobierno lejano, nada menos que

en París. Nunca me atreví a preguntárselo a mi padre que, seguro, hubiera encontrado la respuesta adecuada.

Graham nos abandonó una mañana de invierno. Se fue para siempre y con él su sabiduría. Fue el primer golpe de los muchos que da la vida, la primera impresión sobre la injusticia de la muerte. Para él la oscuridad total. Para nosotros la tristeza por su ausencia.

El lago de Macbeth, como se conocía en Iowa City a una pequeña laguna de las afueras, apareció helado un domingo de febrero. Cuando el frío arreciaba, las gentes salían lo justo y nosotros no nos demorábamos volviendo a casa. Mi madre esperaba con una bolsa de agua caliente que me restregaba con fuerza por el cuerpo vestido. Cerraba la puerta con llave, en cuanto cruzaba la puerta, y colocaba la toalla en la rendija inferior.

Graham abandonó su casa esa mañana de domingo embutido en un largo abrigo, con las orejas cubiertas por un gorro mayor que su cabeza. Le acompañaba *Washington*, su perro, un setter irlandés al que colocaba una especie de jersey en su cuerpo, como si se tratara de un humano. Como con todo lo que ocurría en Iowa City, Graham se había enterado de la helada, antes que nadie. Cruzó la ciudad desierta y llegó al lago de Macbeth. El cielo era plomizo, lejano e imponente. Unas barnaclas permanecían agazapadas en su orilla.

Arrojó unas piedras que se deslizaron sobre la capa de hielo que cubría el lago. Amagó con un palo varias veces, al final lo arrojó sobre el hielo, pero *Washington* no hizo siquiera ademán de atraparlo. Con paso firme Graham se dirigió a recoger el palo. Cuando dobló sus riñones para alzarlo, el hielo cedió y el lago se tragó a Graham.

Washington continuó en la orilla, como si nada fuera con él. Husmeó al aire, ladró lastimeramente, dio media vuelta y volvió a su casa. Al mediodía, la ciudad conocía la tragedia.

Cuando lo supe mi primera reflexión no tuvo nada que ver con las emociones. ¿Con quién me sentaría en el autobús?

La segunda modificó una anterior. La suerte de Graham no había sido tal. Nació sabiendo lo que los demás niños desconocíamos. Pero, ¿para qué le sirvió? Para nada. No había tal suerte, sino todo lo contrario. Quizás la vida se completaba con caprichos y la muerte era uno de ellos.

Why, Graham?

Más tarde, mi madre me consoló. Lloraba, así que yo también comencé a derramar lágrimas por mis mejillas. Nos abrazamos y sentí de nuevo el calor de su pecho, como durante el año del refuerzo del idioma. Me pegué a ella con fuerza y el sueño me atrapó. Cuando desperté seguía en el mismo lugar.

—¿Adónde van los que se mueren? —le pregunté.

—Al cielo —me respondió.

—¿En autobús o en coche?

Y mi madre se echó a llorar, nuevamente.

Conocí a los padres de Graham en el funeral. No los había visto hasta entonces. Su padre tenía el pelo fuerte y en punta y unas gafas se acomodaban en su espigada nariz. Iba arropado por una señora anciana, gruesa y vestida de negro, que supuse era la abuela de Graham. De su madre recuerdo, sobre todo, sus labios. Pintarrajeados de un rojo fuerte, chillón, como no había contemplado jamás.

El funeral acabó cuando Wallace tomó la palabra. Dijo lo bueno que era Graham, lo aplicado en su clase y la suerte de América por haber forjado muchachos como él. Acto seguido comenzó a canturrear el himno nacional y, como un resorte, todos los muchachos de la escuela alzamos las manos hacia el pecho, entonando la canción a viva voz. Creo que fue emocionante porque a Wallace se le escaparon unas lágrimas por su ojo sano. Después, Wallace alzó su botella de güisqui y, delante de los fieles, echó un par de tragos antes de abandonarnos, no sin antes haber gritado:

—¡Dios salve a América!

Wallace fue la única distracción de nuestra monótona escuela. Él, las respuestas para todo de Graham y la ternura de mi madre en el autobús.

Ese año de 1953 también murió Stalin. ¡No me malinterpreten! No quiero comparar su desaparición con la de Graham. Fue sólo una casualidad. Unos meses antes habíamos asistido a una campaña electoral enconada. No tuve conciencia de ella, aunque más tarde su recuerdo fue recurrente para los debates que, al calor de las querellas ideológicas, tuve ocasión de protagonizar. A finales de 1952, Dwight David Eisenhower disputó la presidencia al demócrata Adlai S. Stevenson, vencién-dole con facilidad. Fue una locura nacionalista. En todas las esquinas banderas con las barras y las estrellas, en todos los actos el himno norteamericano cuya letra conocía al dedillo gracias a Wallace.

La campaña de Eisenhower fue muy sencilla y, sin embargo, convincente: «I like Ike». Ike era su nombre familiar y toda la nación se convirtió en su gran familia. El eslogan «Me gusta Ike», con los colores azul y rojo sobre blanco, fue agobiante. Mis padres también lo colgaron de nuestra casa, aunque ellos, como extranjeros, no podían votar. No me desagradaron las semanas anteriores a las elecciones. Aquello parecía la fiesta de Halloween.

–Con Ike las cosas cambiarán para los vascos –oí decir a mi padre.

–Dios te oiga –le respondió mi madre

Con Stalin vivimos el comienzo de la Guerra Fría, un concepto que entonces no existía y lo inventaron posteriormente. Stalin condensaba los peores epítetos imaginables. Graham me dijo, en cierta ocasión, que, gracias a él, Europa no cayó en poder del nazismo. Pero cuando

le pregunté quiénes eran los nazis no supo responderme, cosa extraña en él. Ama fue más concisa:

–Los que conquistaron nuestra tierra.

Los rusos comenzaron a convertirse en una epidemia, aunque la fiebre no había hecho sino comenzar. Hubo un suceso en la escuela que me dejó perplejo. Con el tiempo he podido comprobar cuán extendida estaba la calentura entre los ciudadanos de Iowa.

Un día de aquéllos la profesora de Matemáticas no apareció en el aula. Fue sustituida por el director, un señor maduro, con el cabello reducido a sus sienes. Apenas conocíamos al director y la verdad es que únicamente lo había tenido de frente con ocasión de la reunión para reforzar el idioma, tiempo atrás. El hombre se sentó en la mesa y distrajo sus dedos con un lapicero. Buscaba la forma de entretenernos durante la hora siguiente. Finalmente una idea cruzó por su mente.

–Vais a escribir en un papel cuáles son vuestros miedos.

Yo no tenía muy definido el término «miedo». Alguien hizo una pregunta y la respuesta del director tampoco terminó por aclararla, más bien al contrario.

–Ansiedades –respondió.

Nos inclinamos sobre el papel y comenzamos a garabatearlo. El director interrumpió la tarea:

–No hace falta que lo firméis.

Volvimos al trabajo.

No fui capaz de describir lo que sentía por miedo aunque logré acercarme a mis temores que no eran otros que los relacionados con la oscuridad y la noche.

El resultado del resto, sin embargo, me dejó estupefacto. La mayoría de la clase centraba sus turbaciones en el peligro de los rusos, en las maquinaciones de Stalin por apoderarse del mundo. Alguno llegó a apuntar, incluso, que tenía verdadero pavor a convertirse en un asado

cocinado por los soviéticos y que el calor del horno era su pesadilla.

En 1953 murió Stalin pero los rusos siguieron siendo nuestros enemigos.

Unas semanas después de la desaparición de Graham retomé la cuestión del trabajo de mi padre.

–¿Por qué aita es un espía?

Mi madre me lanzó una mirada penetrante. Por un momento tuve la sospecha de que me volvería a pegar. Su respuesta me tranquilizó.

–¿Cómo lo sabes?

–Me lo dijo Graham.

Graham, aún muerto, me salvó y allanó el camino.

–Mira hijo –comenzó–, las cosas son muy complicadas –el tono de su voz me recordaba al de los discursos de mi padre–. Sobre todo cuando no salen como uno quiere.

Tuvo un momento de duda, pero continuó.

–Cuando perdimos la guerra y nos expulsaron de Euskadi, fueron muy pocos los que se atrevieron a acogernos. Nuestro lehendakari, incluso, tuvo que permanecer escondido en medio de la nueva guerra que comenzó.

La guerra, era el recurso que todo lo ensombrecía.

–Nos ubicamos en este país y al poco naciste tú.

–¿Por qué aquí y no en otro lugar? –me atreví a preguntar ingenuamente.

–Porque no hubo otro lugar. Europa estaba en poder de los mismos que nos habían expulsado de nuestra tierra. Fuimos afortunados en poder escapar. Otros muchos se quedaron, algunos para siempre.

–¿Siempre habrá guerras?

–Esperemos que no.

–Graham me dijo –la frase aún me retumbaba en mi mente–, que pronto entraremos en guerra contra los rusos.

–Dios quiera que no sea cierto.

Mi madre había perdido el hilo de su explicación. En mi mente de niño no lo había percibido aunque, inconscientemente, le hice retomarlo.

–¿Y por eso aita se ha hecho espía? ¿Para combatir a los rusos?

–No hijo, no. Aita se hizo lo que tu dices –evitó utilizar el término «espía»– para ayudarnos a volver a nuestro país, para echar a los que lo conquistaron, para devolvernos a nuestras raíces.

La última frase me desconcertó.

–Pero... nosotros no somos árboles.

–Como si lo fuéramos. Si a un árbol lo trasplantas de su suelo y lo llevas a otro nuevo es muy posible que muera. La tierra es distinta, los vientos que soplan no tienen el mismo calor, la lluvia que lo azota es ajena...

Interrumpió su frase. Tenía el fuego encendido. Bajó la intensidad de la llama y destapó el recipiente. Un aroma penetrante nos prendió. Volvió a tapar el guisado y continuó.

–Hay un sentimiento que tu no conoces. Se llama nostalgia. En euskara lo llamamos *herrimina*, dolor de pueblo.

–¿Qué es «dolor de pueblo»?

–Ausencia. Anhelar lo que no tienes –su voz se entrecortaba–, un vacío muy grande aquí –añadió mientras se llevaba la mano a su pecho–. La nostalgia no se puede calibrar. La sientes a todas horas, todos y cada uno de los días de la semana...

Y ama se echó a llorar. Como cuando la muerte de Graham.

Supé entonces, por vez primera, que sufría. Que sufría enormemente. La quise consolar. Me arrimé a su regazo y apreté mi semblante a su pecho lo más que pude, con todas mis fuerzas. Sentía sus gemidos surgirle desde las entrañas, como volcanes en erupción. Me recorrió su mano por mis cabellos, suavemente, sin dejar de sollozar.

—¡Ay, Iñaki!

Pocas veces me llamaba por mi nombre. Ésta fue una de ellas.

Me dormí acurrucado entre sus brazos. Cuando desperté seguía en el mismo lugar, silenciosa, como si el mundo no fuera con ella.

«Dolor de pueblo», qué extraña expresión, pensé entonces. Lo he sentido de adulto, yo que nací lejos de la tierra de mis antepasados. Nunca he tenido motivos para añorar algo que no he conocido y, sin embargo, padecí sus efectos como si hubiera crecido en medio de aquella Euskadi ansiada. He evocado la mar, su olor a salitre, sus olas rompiendo contra las rocas, sus gaviotas surcándola. He padecido la ausencia de la sombra del bosque de hayas, la hojarasca en otoño. He suspirado por los senderos que nunca conocí, senderos que se hendían como si mi corazón fuera una colina verde circundada de caseríos humeantes. He inspirado los sonidos de las campanas de aquellas iglesias lejanas, tocando a muerto, a nacimiento, como si su eco fuera especial, distinto al de otras latitudes. He añorado las calles empedradas, ascendentes, su vigor en los días de fiesta, sus casas amontonadas y repletas de sábanas colgadas. He perdido la humedad de la lluvia, de las gotas que descargaban un poso salado y golpeaban mi rostro con suavidad.

¡Cuántas emociones! ¡Cuánto «dolor de pueblo»!

Aquel invierno fue extremadamente severo. Del tejado de nuestra casa colgaron finos témpanos que se

mantuvieron firmes durante semanas. Se helaron las cañerías del agua y apenas llegó madera para la chimenea, tal era la demanda que había. Los pájaros del parque fueron convirtiéndose en espectros cada vez más esporádicos y en los comederos el alimento que depositábamos envejecía sin haber sido hollado. La columna de mármol quedó atrapada por la nieve helada y, por unos días, me olvidé de ella. Sentí profundamente la ausencia de Graham. ¡Tenía tantas preguntas sin respuesta!

Se fundía el hielo cuando una mañana apareció mi padre, con su maleta enlatada por los correajes. Lucía un abrigo largo, que le alcanzaba los tobillos y un sombrero que apenas permitía adivinar su rostro. Adiviné sus facciones, inexpresivas. Besó a mi madre en la mejilla, como solía hacerlo, y se retiró a su despacho. Al rato llamó a mi madre y se encerraron en su habitación. Iba a perder el autobús de la escuela, pero no me importaba. No sería yo quien les avisara del retraso.

Irrumpieron en mi espera los dos, juntos, asidos de la mano. Nunca les había visto de esa manera. El semblante de ama estaba radiante. Hasta sus mejillas sonreían.

–Tenemos que comunicarte una decisión importante –dijeron atropellándose el uno al otro.

Abrí los ojos lo más que pude.

–Hijo, el mundo ha cambiado desde que naciste... –ése era mi padre, minucioso. Continuó hablando un buen rato. No entendía sus palabras, encadenadas, vacías de ideas que pudieran llamar mi atención. Reconocí el vocablo Euskadi, en un par de ocasiones. Hasta que una frase me volvió a la realidad.

La repitió de nuevo y, entonces, lo sentí de veras:

–La semana que viene nos vamos a París.

Había escuchado el nombre tantas veces que no me sorprendió. Mi madre lo percibió.

–¿No dices nada?

¿Qué iba a sugerir?

–¿En autobús? –se me ocurrió, como cuando pregunté por el viaje de Graham al cielo.

Ama esbozó una sonrisa y se acercó. Me tomó las manos entre las suyas y, apretándolas, dijo:

–En avión, tonto.

Capítulo IV

París, marzo de 1954

La vida es un periplo que arranca y concluye, que cuando comienza a asentarse se esfuma como el humo entre los dedos. Dicen que nuestros antepasados eran trashumantes, que recorrían cientos de kilómetros con sus rebaños o, antes, distancias extraordinarias persiguiendo a los animales que cazaban. Junto a los cazadores o a los pastores se desplazaban sus familias, como en las migraciones indoeuropeas. Aquello desapareció convirtiéndose en historia, la historia en papel y el papel en ornamento de bibliotecas. Triste memoria del pasado.

Los errantes de lo acontecido trocaron sus costumbres y sementaron sus emociones. Las chozas y las cuevas se convirtieron en mansiones de madera, luego de piedra y, posteriormente, de cemento. He oído decir que el caserío fue la cuna de los vascos, su unidad. El apellido de nuestros antepasados vino de una exigencia militar y eclesiástica, una forma de numerarnos cuando se hizo real aquella máxima bíblica: «creced y multiplicaos».

Éramos demasiados para identificarnos, demasiados Pedros, Martines, Marías o Esperanzas. Pero, allá, en los lugares más intrincados de nuestro país, los nombres de los caseríos siguen dando el apellido a sus moradores.

El caserío era el refugio, la nostalgia, la fuerza para continuar viviendo. Sus paredes se convirtieron en la referencia, en los agarraderos cuando la melancolía acogotaba la soledad. En la ciudad, la vivienda seguía sus pasos; los pasillos, los cuartos, los muebles de roble, el carbón consumiéndose en la cocina... Los recuerdos surgían de sus paredes, la candidez de la infancia, la amona enlutada y pegada a la silla, consumida, la luz del otoño, amarillenta como las hojas de los castaños que alimentaban la hojarasca.

Nada de eso he conocido. ¿Qué pasillos, qué cortinas, qué fuego han forjado mis recuerdos? ¿Qué olor a hogar ha sido el refugio de mis noches más enredadas, cuando la existencia asfixiaba?

En las horas más confusas, sólo el recuerdo de aquella columna de mármol en la casa de Iowa aplacaba mis penurias. Me aferraba a ella, contemplaba la hiedra que la enroscaba, seguía el vuelo de los *redbird*, que asaltaban los comederos. La columna de mármol era, sin embargo, un consuelo efímero. ¿Quién puede reducir su vida a una columna?

Mi vida ha sido la de un errante, la de un hijo del exilio. Mis recursos me invitaban continuamente a soñar, a forjar el espacio que he carecido y he debido construir a golpes de viento, creyendo a pies juntillas las verdades y mentiras transmitidas. Mi mundo carecía de esos agarraderos que proporcionan las cunas, de esa seguridad que oferta la tierra. ¿Dónde nací? Desearía, con todas mis fuerzas, romper con esta vida aplazada y comenzar otra nueva. Desearía recuperar lo que nunca me ha pertenecido y dejar de soñar, abrir los ojos y palpar esas paredes, esos huecos que jamás he poseído.

Pertenezco a una generación que no existe, a una lista de hombres y mujeres dictados con tinta invisible.

Surjo de la nada y grandes murallas se encargan de que continúe en ella. Transito por senderos de barro y mis zapatos comparecen brillantes. Grito mi tragedia en un valle en el que el eco se esfuma por las grietas de la montaña. Silencio.

Mis sueños, sueños son y, como tal, artificios.

Los preparativos del viaje concentraron la ilusión de la semana previa a nuestra marcha. Aita estuvo entre nosotros, activo, diligente, una imagen inusual. Pocas veces le había observado arrastrando sus pantuflas. Ésta fue una de ellas. Las primeras flores se adueñaron del jardín y la columna de mármol volvió a erigirse majestuosa en medio de la hierba que recuperó su color. Los pájaros y alguna que otra tórtola se apropiaron de los comederos y todo pareció recuperar el ritmo de siempre. Por el día, las bandadas de barnaclas se pegaron al cielo y, por la noche, las estrellas al firmamento. La naturaleza nos brindó una hermosa despedida.

La vecina, la que me había ayudado a nacer, se complicó en los trámites como si formara parte de la expedición. Era una persona huraña, con la que guardaba las distancias. Su ceño, fruncido permanentemente, le marcaba tanto que jamás me pasó por la imaginación la posibilidad de que pudiera tener otra expresión. Ni una sonrisa, ni una palabra amable... un producto más de la guerra que, aunque aparentemente quedaba lejos, nos salpicaba aún.

Además, estaba convencido que aborrecía a los niños.

–¡Siempre estás en medio! –me dijo la víspera de la partida–. Estarías mejor en tu habitación.

Su mirada y la de mi madre se cruzaron. Yo no estaba dispuesto a obedecerla. Corrí al regazo de ama y me aferre a su falda. La vecina continuó empaquetando unos li-

bros como si nada hubiera sucedido. De repente abandonó en una silla los volúmenes que tenía entre manos y salió de nuestra casa, dando un portazo. No habían pasado ni cinco minutos cuando regresó, con la cara enrojecida, no sé si de cólera o de tristeza. Lanzó una caricia a mi madre y extendió la mano a mi padre que, con solemnidad, se la besó. Se dijeron algunas palabras y ama y ella se fundieron en un abrazo. Abandonó nuevamente la casa, esta vez más calmada. Jamás la volví a ver.

Al día siguiente un taxi esperaba a la puerta. Yo estaba tan nervioso que mi madre me agarró de las muñecas y ordenó sentarme hasta que todo estuviera dispuesto. Mientras, eché la última mirada a la casa, a sus paredes, a la alfombra que me había visto expandir. Entre sus muros había nacido y crecido en la inconsciencia, con los cariños de mi madre y las ausencias de mi padre.

–Nos vamos –dijo mi padre de improviso.

Y nos fuimos. Subimos al taxi sin mirar hacia atrás, como si a nuestras espaldas quedasen las ciudades malditas de Sodoma y Gomorra, habitadas por el espíritu de Wallace y el recuerdo de Graham. Una cuchara cayó de una de las bolsas. Mi madre la metió en uno de sus bolsillos y el coche arrancó.

La historia de la cuchara grabada iba a convertirse en la compañera de mis zozobras. Plateada, supongo que de plata de ley, fue un regalo de nacimiento, cuando yo ni siquiera tenía constancia de mi existencia. Nunca he sabido quién tuvo aquel detalle. Tenía mi nombre grabado en el lomo y mi madre se encargó de que viajara siempre con nosotros, como si fuera la más preciada de nuestras pertenencias. Era “su” cuchara, a pesar del nombre. Era “nuestro” símbolo.

Ahora, cuando escribo, tomar un avión me parece lo más corriente del mundo. He perdido la cuenta de los viajes, he hecho guardia en pequeños aeropuertos que parecían mercados, y en otros tan grandes en los que se necesitaría un mapa para conocerlos a fondo. Entonces todo fue diferente. No tanto para mí, que pensaba que

un avión era algo así como un autobús con hélices, sino para mi ama, nerviosa por el traslado y excitada por la novedad y la inseguridad de sobrevolar durante tantas horas el bravo Atlántico.

Mi padre llegó a enfrentarse con ella.

–Esto o el *Alsina*. No hay discusión.

El recuerdo del éxodo a bordo del *Alsina* era el recurso más utilizado por aita cuando se trataba de poner en una balanza diversas opciones. *Alsina* era sinónimo del horror, de la peor posibilidad entre todas las infames.

Mi impresión era acertada. El avión tenía cuatro motores de la marca Havilland Comet, adosados en pares a sus dos alas. Un autobús que acogía a poco más de cien pasajeros, el doble que un vehículo como el que nos transportaba a la escuela. Hacía un ruido ensordecedor. Nos acomodamos en nuestros asientos. Le tomé la mano a mi madre. Desprendía sudor a raudales.

–Tranquila amatxo. Pronto llegaremos a París –intente tranquilizarla.

Entonces supe que no íbamos a París, directamente, sino que el aparato tomaría tierra en Londres porque aita tenía algunos negocios pendientes antes de proseguir nuestro camino.

Durante una semana, la vida en Londres retomó los tintes de la de Iowa. Mi padre desapareció y nosotros dos nos encerramos en la habitación del hotel, aburriéndonos como si fuéramos árboles milenarios en un bosque olvidado cuya única distracción consistía en la visita fugaz de una oruga cada cinco años. Las horas se hacían eternas y únicamente nos entreteníamos bajando desde el piso 11, en el que estaba ubicada nuestra habitación, hasta el primero, donde se desplegaban los tres restaurantes del hotel. Lo hacíamos por las escaleras, desdeñando el ascensor y corriendo por los pasillos, como niños traviesos. Ama disfrutaba, o así lo creía yo, como nunca. Sentí que nuestras edades se arrimaban.

En el restaurante conservábamos una mesa reservada, con el nombre de nuestra habitación grabado en una tarjeta. En la contigua se sentaba un matrimonio anciano. El hombre iba siempre de gris, con una impecable camisa blanca desabrochada en sus botones superiores, enseñando un pecho lleno de vello, como si fuera un oso. Precisamente le pusimos ese mote: oso peludo. Su esposa parecía joven, aunque mi madre me dijo que eran sólo apariencias porque su cutis estaba repleto de potingues que ocultaban sus arrugas. Coronaba su semblante con una pámela que cambiaba cada día. Eran de un sólo color: azul, rosa, amarillo... Al tercer día la señora me dirigió la palabra:

—¡Qué niño tan rico!

Detestaba que me llamaran niño. Al pasar por su mesa tropecé y se derribó una de las copas de vino. Me olvidó de inmediato.

Unas mesas más allá, junto a la cristalera del hotel en la que se agolpaban la mayoría de los clientes para acercarse al Támesis, descansaba una joven de aspecto lóbrego. Vestía de negro y era fina como un junco. Su mirada, que sobresalía en una tez pálida, traspasaba la cristalera y se perdía entre los edificios de la ciudad. Llamó mi atención desde el primer día. Sobre su mesa reposaba un libro, siempre cerrado, y encendía un cigarro tras otro, atiborrando el cenicero que limpiaban diligentemente los camareros. Jamás volvía la vista, ni se fijaba en el movimiento del comedor, como si su espíritu reposara en otro mundo. En cierta ocasión, uno de los camareros le proporcionó una nota. Se levantó rápidamente y regresó al rato. Encendió un cigarro con la colilla de otro y, al terminar, desapareció. Fue la única vez que observé sus movimientos, acompasados por unas piernas largas escondidas entre los pliegues de su falda negra. Por lo demás estaba en su mesa cuando llegábamos y no la había abandonado cuando nos íbamos, como si ése fuera su lugar de residencia.

Mi madre percibió mi atención.

–Una chica guapa.

Su afirmación me turbó.

Pasaron los días en la monotonía hasta que los negocios de mi padre se resolvieron. Comenzamos un nuevo y pequeño periplo. Taxi hasta la estación de Victoria, tren hasta Folkestone, barco hasta Calais, ya en Francia, tren de nuevo hasta París y llegada a la Gare du Nord. En unos días había utilizado más medios de locomoción que en todos mis años anteriores.

Apenas tengo noción de aquel viaje. En el barco dormí como el niño que era. Del Canal de la Mancha no tengo más recuerdo que el de su nombre, que ha quedado en mi memoria, archivado con otros tantos nombres de lugares extraños. De las estaciones, las prisas, las maletas, las despedidas y los encuentros. La visión más fugaz de la vida.

En la estación parisina nos esperaba un vasco. Fue el primero que conocí. Era un señor trajeado, espigado, con sombrero ladeado que me sorprendió por su porte. Mis referencias a Euskadi eran nulas, aunque intensas en mi imaginación. Pensaba encontrarme con alguien tocado por una txapela, vestido con una blusa negra y calzado con unas alpargatas de cuero. Podría portar, incluso, un bastón de boj y una pipa de madera de roble. Sin embargo, me encontraba con un..., como lo diría..., con un dandi. En nada diferente a los clientes que pululaban por el aeropuerto de Nueva York o el hotel de Londres.

–*Egun on* –nos dijo. Estrechó la mano de mi padre, besó la mano tendida de mi madre y, cuando se acercó a mí, dudó. Alargó la mano aunque, finalmente, me la restregó por mi cabello alborotado.

–*Mutil ederra* –añadió.

Nos instalamos en su coche, después de consignar el equipaje. El chofer nos abrió educadamente las puertas y partimos de la estación. Surcamos grandes avenidas en medio de una maraña de coches y bicicletas que se estorbaban y, sorprendentemente, ni se acariciaban. Como en Londres, las casas se estiraban modestamen-

te, ofreciendo una imagen de amplitud, no tanta como en Iowa pero más intensa que en Nueva York. Cerca del Sena el vehículo aminoró su marcha y aparcó. Salí corriendo con mis ojos dirigidos a una gran atalaya que se alzaba, majestuosa, al otro lado del río.

–La Torre Eiffel –dijo en perfecto castellano el chofer.

Esa misma noche reposábamos en la nueva vivienda. Sencilla, con los techos de las habitaciones altos como jamás los había visto, con una pila en medio del baño en la que podía estirarme a lo largo, con vecinos a los lados y en los pisos superiores e inferiores, como en el hotel de Londres. No era una casa, como las de Norteamérica, sino un apartamento, como decían en Europa.

Cenamos con el amigo de mi padre en un restaurante diminuto, justo bajo nuestro apartamento, unos huevos revueltos que llamaban *omelette*, repletos de hierbas extrañas. Para enfado de mi madre dejé el plato sin tocar. El amigo de mi padre llamó al camarero y gracias a él esa noche tomé por todo alimento tres flanes. Deliciosos. Por la mañana, antes de que llegara el equipaje, logré convencer a mi madre para salir de la casa y observar, nuevamente, el porte de esa enorme estructura que llamaban Torre Eiffel. Cuando regresamos, aita y ama se abrazaron con cariño. Me conmovió una escena a la que no estaba acostumbrado. Me tomaron de la mano y me dejé cubrir de ternura.

–Estamos a 800 kilómetros de casa –dijo mi madre.

–Y eso... ¿es poco o es mucho? –pregunté ingenuamente.

–Poco, muy poco –contestó aita.

El barrio de Passy, antiguo villorrio absorbido por París, guardaba en sus entrañas la vieja mansión de Balzac, en la calle Raynouard. En ella escribió Balzac sus memorables obras, en ella se consumió, tal y como lo dejó anotado:

Travailler, c'est me lever tous les soirs à minuit, écrire jusqu'à huit heures, déjeuner en un quart d'heure, travailler jusqu'à cinq heures, dîner, me coucher, et recommencer le lendemain.

París me gustó. Sus primeras impresiones destilaban el mismo fundamento con el que estaban construidos mis sueños.

Poco después de nuestra llegada los sueños se vieron ampliados y mi condición de vasco reforzada. No necesitaba demasiado para ello. En medido de los Champs Élysées se representó un espectáculo soberbio. Allí estaba yo, acompañado por mis padres, rodeado de parisinos que asistían atónitos a un recital, aplaudiendo a rabiar. Yo ni cantaba ni bailaba, pero pertenecía al mismo pueblo que aquellos que deleitaban a los espectadores.

Era el grupo Etorki, dirigido por Philippe Oihanburu, que había llegado en tren desde Biarritz, para expresar su sentimiento en el corazón de París. Debieron hacer una interminable gira que se prolongó durante treinta años en otros tantos países. Aquellas voces, aquellas estampas, aquellos bailes inflamaron mi espíritu y ayudaron a que París entrara directamente en mi interior.

Repartieron unos volantes con el repertorio. Y una de las canciones me atrapó. Las voces sonaban graves. Guardé la copla de Jesús Guridi. No entendí su letra, aunque en los años siguientes la fui descifrando. Aún la conservo entre mis recuerdos:

*Goiko mendian elurra dago,
Errekaldian izotza
Zu ganik azke nago ta
Pozik daukat bihotza
Uda hastean iguzkitara
Urtzen denean elurra
Zuk ere sendiko duzu
Urrikiaren uztara.*

Fue una tarde maravillosa. Al finalizar nos mezclamos entre los bailarines. Mi padre me presentó a Oihanburu, un hombre nervioso que miraba a todos los lados, buscando algo que se me escapaba. Cuando dirigió hacia mí su atención, me ofreció la mano y preguntó:

–*Euskalduna zera?*

–*Bai* –respondí ufano.

Todas las ciudades se estiran a lo largo de un río, o como en el caso de Manhattan, de una bahía, la de Hudson. Yo había oído hablar con frecuencia del Urumea, de la fragancia de sus aguas que nacían entre los montes navarros cargados de hayas que brotaban del musgo, de sus rocas henchidas de frágiles líquenes, de las gabarras que lo navegaban desde Hernani, cruzando por el eco de Anoeta hasta su desembocadura en el Cantábrico. Era el río de mis padres que yo jamás había conocido.

París existía, también, coloreada por su río, por las riberas atestadas de barcazas convertidas en viviendas, por tiendas de juguete, *bouquinistes*, en las que subastaban libros polvorientos y teteras de Oriente, por enamorados que, asidos de la mano, atravesaban sus orillas al atardecer. París estaba dividida a la derecha e izquierda del Sena, como si sus barrios fueran los brazos de un titán que reposaba en su cauce.

Sobre sus aguas cobraban vida las gaviotas enanas, una especie desconocida en América que, en vez de patrullar el río, parecía como si lo admirasen. Descendían hasta la superficie y oteaban a los lados, esperando encontrar una nueva compañera con la que proseguir su vuelo.

El cauce del río era perseguido por grandes jardines erigidos para satisfacer el espíritu de las familias reales, de los reyes y sus amantes. Esos bosques en miniatura, que transportaron una vez a Versalles para ampliar sus itinerarios, almacenaban la añoranza de la campiña e introducían en el corazón de la ciudad el aliento de la armonía. Sirvieron de refugio a los desencantados y de inspiración a los grandes poetas.

Entre esos poetas, París aún respiraba con Charles Baudelaire que, aunque desaparecido en 1867, su espectro recorría las calles de la vieja ciudad. Años después, *Les paradis artificiels* me inquietaron hasta tal punto que llevé anotado el inicio de su libro, en un papel arrugado, en el fondo de mi cartera:

Le bon sens nous dit que les choses de la terre n'existent que bien peu, et que la vraie réalité n'est que dans les rêves. Pour digérer le bonheur naturel, comme l'artificiel, il faut d'abord avoir le courage de l'avalier, et ceux qui mériteraient peut-être le bonheur sont justement ceux-là à qui la félicité, telle que la conçoivent les mortels, a toujours fait l'effet d'un vomitif.

Adecuarse a París no fue complicado. Continué mi educación en el Colegio Americano, en la avenida Víctor Hugo, cerca de nuestra vivienda de la calle Passy. Era un edificio de reciente construcción, embadurnado en pintura blanca con parches rojos, que contrastaba con las casas escasamente rectilíneas del barrio. Se estiraba sobre un patio enorme a uno de cuyos costados se abría un aparcamiento. En el patio, entorpeciendo nuestros juegos, se alzaba un mástil con una bandera norteamericana de grandes dimensiones. El resto lo completaban varios campos para practicar el baloncesto, deporte estrella en Estados Unidos pero casi desconocido en Francia.

Los alumnos eran norteamericanos, hijos de funcionarios de la Embajada y de hombres de negocios asentados en la ciudad. El inglés era la única lengua en las aulas y en los pasillos, aunque teníamos una hora diaria de francés que la llevábamos con parsimonia. Nuestro nivel general era ínfimo y eso hacía que apenas avanzáramos. La profesora, Jeannette, con faldas estampadas y gafas de gran aumento, no tenía el más mínimo interés en enseñar. Su actitud era la de una empleada con un único objetivo: rellenar el horario sin complicaciones. Jamás se enfadaba y su flema recordaba a la mítica de los ingleses. Cualquier problema que surgiera lo derivaba a la dirección que, por lo que parecía, debía de estar saturada de sus plantas. Como en el juego del ping-pong, los padres deambulaban de una sala a otra intentando

resolver las dificultades de sus hijos. Esta situación originó que la mayoría de alumnos recibiera clases particulares de francés fuera del colegio, aunque la verdad es que ese refuerzo no se notaba en las aulas. Mis padres no se plantearon esa posibilidad por lo que pronto tuve constancia de que nuestra estancia en París sería breve.

El Colegio Americano era una réplica de cualquier otra escuela estadounidense. Por las mañanas izaban la bandera en el patio mientras cantábamos el himno que tan diligentemente nos había enseñado Wallace, allá en Iowa.

La mayor diferencia entre una y otra escuela, la de Iowa y la de París, estaba relacionada con la edad. El colegio parisino albergaba niños y niñas y también jóvenes de ambos sexos. En los pasillos y en los patios nos mezclábamos mayores y menudos, una buena ocasión para comprobar la tiranía que ejercían los de las clases superiores.

Uno de los jóvenes de secundaria tenía especial interés en dominar a los más pequeños. No se mezclaba entre los chavales de su edad, sino que buscaba la relación con los de nuestra edad. Era detestable. Doblaba la lengua entre los dientes, para demostrar su fiereza, y fruncía ambos ceños, dando un aspecto animal a su rostro. Su nombre era Bill, pero entre nosotros era conocido como *Bull*, de bulldog. Si a alguno se le escapaba el mote y él lo oía, los golpes estaban asegurados.

Su padre, en persona, lo recogía en un coche de gran tamaño, con matrícula americana. Vestía un traje militar completamente azul y una gorra de plato que no la retiraba, ya lloviera, ya hiciera un calor sofocante. Con su padre, Bull cambiaba de compostura y se tornaba en un dulce corderito. Escondidos tras los setos, gritábamos:

–¡Beeeeh! ¡Beeeeh!

Bull no hacía amago siquiera de volverse.

–¡Beeeeh! ¡Beeeeh! –repetíamos.

Un día el padre de Bull se giró hacia nosotros. Espantados, abandonamos el seto. Sus piernas eran enormes. En un instante atrapó a Erwin, un endeble chaval, originario de Morro Bay, en California. Le aferró de su camisa con ambas manos y lo zarandeó como si fuera un muñeco. Soltó las manos de improviso y, antes de que pudiéramos percibirlo, le arreó dos sonoras bofetadas. Como era previsible Erwin lloró desconsoladamente.

Al día siguiente, se presentó el padre de Erwin una hora antes de la salida. Lo vimos de la ventana y presentimos el espectáculo. Sonó la sirena y llegó el padre de Bull, puntual como era tradición. El de Erwin fue hacia Bull *senior* y le pegó un par de sopapos, con las palmas abiertas. Erwin sonrió y el padre de Bull no contestó. Se retiró ante la mirada de estupor de su hijo. Jamás volvió a por él, dejó la tarea para su chofer.

El colegio norteamericano se convirtió en rutina. Una señal inequívoca de que abandonaba la infancia. Mi madre me alentaba.

—No hagas eso, Iñaki. Es cosa de niños.

¿Por qué ese interés en que los niños dejemos de ser niños?

La relación con mi padre se estrechó. Comencé a conocer sus formas y sus formalidades, sus gustos y sus diálogos menos explícitos. Conocí sus amistades y algo que me inquietaba, sus contactos. Le vi cerca de mi madre y me agradó. Empecé a desentrañar quién era Tomás Garcandía.

Y era, dentro de lo solemne de su oficio, un hombre corriente. Según una lista que confeccioné posteriormente, en algún momento de tedio, mi padre respondía a las siguientes costumbres:

Desdeñaba los terrones de azúcar en el café y no gustaba de la leche. No se podían cruzar con él más palabras que las de los saludos durante sus primeros quince minutos después de levantarse. Su genio, en ese inicio del día, era horrible. Usaba, únicamente, corbatas azul marino y, siempre que podía, se deshacía de la cha-

queta. También, cuando no había visitas, se desabrochaba el botón superior de la camisa. Nunca le vi con zapatos en el apartamento ya que al atravesar la puerta se calzaba unas pantuflas. Se preocupaba de que nosotros tampoco utilizáramos calzado de calle en el apartamento. Fumaba un único cigarro los domingos, día que acudíamos a misa con nuestras mejores galas, mientras entre semana consumía la pipa que lo acompañaba permanentemente en su bolsillo de la chaqueta. Los lunes, irremediablemente, debíamos comer un potaje, de garbanzos o lentejas, y para cenar se servía una *omelette*, afortunadamente sin esas hierbas que yo aborrecía y los franceses tanto apreciaban. Bebía, moderadamente, vino de Burdeos en las comidas y sólo en las grandes ocasiones tomaba una copa de coñac. Leía un único libro y, hasta que no lo acababa, era incapaz de ojear siquiera otro. Con los desconocidos, fueran de la condición que fueran, utilizaba el tratamiento de usted. Admitía las jerarquías como algo consustancial al ser humano, de tal forma que no entendía otras posibilidades. Cuando conversaba con sus amigos tenía una horrible costumbre de hablar en primera persona del plural, como los aristócratas o los clérigos de alto rango. En la cama siempre se cubría con un pijama que vestía inmediatamente después de concluir la última comida del día. Nunca lo vi ayudar a mi madre en las tareas de la casa, ni siquiera se recogía sus platos de la mesa. No sudaba, ni pasaba el pañuelo por su semblante, como tenían por costumbre algunos de sus amigos. Dejaba los platos siempre limpios y los de alrededor debíamos repetir su costumbre. Éste fue uno de los desencuentros frecuentes entre ambos: el plato siempre brillante. Compraba el periódico todos los días, aunque, sorprendentemente porque era un hombre de costumbres, no adquiría el mismo diario. Los fines de semana solía llegar al apartamento con un paquete de periódicos norteamericanos que conseguía en una librería de la calle Paul Valéry. Más de una vez observé sobre la mesa de su despacho un diario editado desde el exilio vasco, *Euzko Deya*, que mi madre también leía. Escuchaba la radio todas las noches, en pijama, y

no hacía comentarios sobre las noticias. Evitaba las discusiones prolongadas y, cuando estaba de mal humor, defendía su posición con monosílabos y frases cortas.

Su contacto de la estación fue la primera de las visitas. Entraba en casa a cualquier hora del día. Mi padre lo esperaba. Le recogía el gabán y el sombrero y entraban juntos al despacho en donde pasaban horas y horas, sin hacer el mínimo ruido.

—¿Te gusta Francia? —me preguntó en cierta ocasión el convidado.

Únicamente conocía París. ¿Que podía responder un mocoso de once años?

—¿Te gusta Francia? —repetió.

—Sí —respondí temeroso.

—Pues ya puedes cambiar de opinión.

Mi padre le lanzó una mirada furtiva. Su colega se la devolvió y ambos entraron en el despacho.

—¿Por qué me ha dicho que cambie de opinión? —le inquirí a mi madre.

—Pregúntaselo a tu padre —me respondió.

Así lo hice en la cena. Su respuesta me desconcertó. Era el recurso al ping-pong del colegio.

—Pregúntaselo a Marcial.

Marcial era el amigo de la estación.

La ocasión se presentó días más tarde, cuando ambos salían del despacho. La noche había oscurecido las ventanas y un leve viento azotaba sus cristales. La madera del suelo crujía a sus pasos. Prendieron la luz del salón y apagué la mía, que utilizaba en una esquina mientras emborrataba unos papeles con barcos humeantes.

—Pon un plato más —dijo mi padre a mi madre que se esmeraba en la cocina con un cocido para el día siguiente.

Nos sentamos alrededor de la mesa con una vela que mi madre encendía de vez en cuando, como si quisiera dar un tono especial a los encuentros inesperados. Mar-

cial y mi padre continuaban conversando, en voz baja. La presencia del invitado añadió unos guisantes, previos a la *omelette*, y un postre diferente a la fruta de todas las noches: flan. Por eso me gustaban los invitados.

Marcial rompió el hielo:

–Tu padre me dice que no comprendes cómo a alguien no le puede gustar Francia.

No era exacto, pero qué importaba. Estaba a punto de entrar en la vida de uno de los amigos de mi padre. Eso me hacía importante.

–Has de saber que los franceses nos han echado de nuestra sede y se la han dado a los españoles de Franco –dijo Marcial.

No entendí sus palabras. Entonces habló mi padre.

–Cuando la guerra, el Gobierno Vasco abrió una sede en la calle Marceau, aquí en París. Compró un viejo hotel y lo convirtió en su sede.

Mi madre escuchaba atenta, como si desconociera la historia.

–Luego llegó la Segunda Guerra mundial –Marcial recuperó la explicación– y el lehendakari y toda la delegación tuvieron que abandonar precipitadamente París porque entraron las tropas de Hitler, los nazis de Alemania.

–Amigos y aliados de Franco, los que bombardearon Gernika –añadió mi padre, mientras encendía su pipa. Su plato estaba brillante pero aún faltaba el postre.

Asentí con la cabeza.

–Pues esos alemanes –prosiguió Marcial–, se hicieron con la sede del Gobierno Vasco y se la entregaron a Franco. Cuando los nazis fueron expulsados de Francia, al final de la Segunda Guerra mundial, el nuevo gobierno democrático nos devolvió la delegación que continuó siendo sede del Gobierno Vasco y de su lehendakari José Antonio.

Apuró el vaso de vino y continuó:

–Pues bien, hace unos años, el Gobierno de Franco dijo que la sede le pertenecía porque el Gobierno Vasco era ilegítimo –su voz se elevaba por momentos.

–¿Qué es ilegítimo? –me atreví a preguntar.

Mi madre lanzó una mirada a mi padre. Fue ella la que contestó.

–Mira, hijo. Cuando unos ganan, hacen sus leyes y dicen al resto lo que tienen que pensar, cómo actuar y hasta cuáles deben de ser sus obediencias. Todo lo que marcan es lo legítimo, lo legal. Todos los que se salen de sus normas son ilegítimos, ilegales.

–¡Como nosotros!

Me salió del alma.

–Exacto –dijo Marcial–. Nosotros estamos en el exilio porque para Franco somos ilegales. Y si volviéramos nos metería en la cárcel o nos mataría como ha hecho con tanta gente durante la guerra y después de ella.

–No me gusta la cárcel –dije.

–A nadie, Iñaki –añadió mi madre.

El viento aumentó en intensidad. La protección de una ventana golpeaba contra la pared. Mi padre la cerró y mi madre aprovechó para recoger los platos. Por un momento creí que me dejaban sin más explicaciones. Estaba equivocado.

–Hace unos meses, el Gobierno francés dio la razón a Franco y nos despojó de nuestra sede del Gobierno Vasco. Nos expulsó para dársela al canalla de Franco –era Marcial de nuevo–. Fue un proceso muy largo, con papeles, abogados y pleitos por medio.

Marcial volvió a llenar el vaso.

–Franceses, *conards*.

Mi madre se refugió en la cocina, fregando los platos.

–¡Como en la guerra! ¿Neutralidad? ¡Y una mierda! Ayudaron a Franco. Son unos vendidos. Y luego a Hitler.

¿Para qué? ¡Para que les invadiera el país. Y ahora otra vez a Franco!

–Tranquilo Marino –dijo mi padre–. No te sulfures. No tiene remedio.

¿Marino? Mi padre nunca se equivocaba.

Marcial seguía en sus trece.

–Marino, que los vecinos se van a enterar –insistía mi padre.

Fue mi oportunidad de demostrar que la infancia se alejaba.

–¿Tienes dos nombres, Marcial? –le pregunté.

La mirada de sorpresa fue la de mi padre. Marcial seguía echando pestes contra los franceses.

–Y ahora se atreven a decir que nuestro *lauburu* es la esvástica de los nazis. ¡Sinvergüenzas! ¡Incultos! –acerté a escuchar.

Yo también sabía ser tenaz:

–¿Por qué tienes dos nombres? ¿Tú también eres un espía como mi padre?

El silencio fue sepulcral.

Mi madre salió de la cocina. Llevaba un trapo con el que secaba sus manos.

–¡Iñaki! ¡A la cama!

Y me fui a mi cuarto. Con celeridad por si surgía algún indeseado bofetón. Pero satisfecho. Marcial no era Marcial, sino Marino. Y era espía como mi padre, como Tomás Garcilandía.

El desparpajo de la cena con Marcial pareció abrir las puertas a una nueva colección de invitados aunque, conociendo los entresijos del oficio de mi padre, aquella

oleada de nuevos personajes no fue sino casualidad. Uno tras otro, los nuevos invitados fueron desfilando por nuestra casa de la calle Passy. Mi padre les abría la puerta y yo les observaba mientras se saludaban. Con el tiempo, las visitas y los personajes se hicieron familiares. Las cenas y el postre de flan se convirtieron en habituales y aunque yo me retiraba inmediatamente después de terminarlo, conseguía retener algún dato que iba contribuyendo a formar ese mundo de exilio y de espías que progresaba en mi imaginación.

En la mesa siempre encontraba una pregunta nueva que servía de punto de partida para ampliar mi cosmos. Unas veces los comensales mantenían su discreción pero otras, la mayoría, contestaban cortésmente convencidos de que la ingenuidad de un niño era el freno a sus ligerezas.

–¡Qué crío más espabilado! –decían unos.

–¡Cuánto interés tiene por nuestro país! ¡Parece mentira que haya nacido en el exilio! –añadían otros.

Y yo me hinchaba de orgullo.

Entre los visitantes, uno llamó mi atención de niño. Tenía unas enormes orejas, como sus manos, como su semblante, como sus piernas. No era extraño, medía dos metros de altura. ¿Sería espía también? Mis dudas quedaron confirmadas cuando oí a mi padre llamarle *Luxia*. Si tenía dos nombres por algo sería. Me ratificó su apodo en una de las cenas.

–Los Luxia somos de Hernani, cerca de vuestra ciudad –dijo dirigiéndose a mis padres. De inmediato volvió a mirarme a los ojos, fijamente–. Los Zapirain siempre hemos sido muy altos, casi gigantes. Un antepasado mío fue lugarteniente del cura Santa Cruz, en la Carlistada.

Una guerra más.

Yo le miraba absorto.

–Me gustaría ser tan alto como tú –le dije.

–No te lo aconsejo –respondió rotundo.

–Para ser el mejor jugador de baloncesto del colegio.

–Está bien, pero tiene muchos inconvenientes.

–¿Cuáles? –pregunté entusiasmado porque la conversación avanzaba.

Luxia dudó un instante. Era tan hablador como alto y no se contuvo.

–Hace unos años tuve que volver a nuestro país, para una peligrosa misión –mi padre le lanzó una mirada de desaprobación pero él hizo caso omiso–. Imagínate el problema que se les presentaba a los mugalaris . Un clan-destino de dos metros de altura. ¿Dónde esconderlo?

¿Mugalaris? Dejé la pregunta para otra ocasión.

–Los mugalaris se enfadaron conmigo –prosiguió–. ¿Qué podía decir yo? Pues que era un mandado, que seguía las órdenes y que si los jefes habían decidido enviarme al “interior” ellos tendrían sus razones.

–¿Y qué pasó?

–Pues que tuve que estar encerrado en una casa durante toda mi estancia. Nadie se atrevía a acompañarme. Nadie quería poner en peligro su vida por culpa de un gigante.

–O sea que esa misión peligrosa fracasó.

–Nada de eso. Fue un éxito –me interrumpió.

–¿De qué se trató? ¿A quién tuviste que espiar?

Luxia rompió en una sonora carcajada. Mi padre, en cambio, me lanzó una mirada fulgurante:

–¡A la cama!

Y tomé el camino de mi habitación. Lo conocía de memoria.

Otro de los personajes que animaba nuestra presencia en París era Mario. No Marino o Marcial, según gustos, sino Mario. Parecía que no tenía apodo, aunque una vez descubrí que sus apellidos no coincidían. La razón era sencilla. Hijo ilegítimo, según la expresión que me había explicado mi madre, descubrió ya joven la identi-

dad de su padre y se hizo cambiar los apellidos. Cuando me lo contó añadió una nueva meditación al término:

–No por saber quién es mi padre dejaré de ser un hijo ilegítimo.

Mario despotricaba contra todo y contra todos. Su paradoja saltaba a la vista: a pesar de ser una queja permanente siempre estaba alegre. No lograba vislumbrar esta idea y aún hoy tengo problemas para compaginarla. ¿Cómo puede un personaje tan destructivo con el prójimo ser tan optimista con la vida?

Su retrato era el de una auténtica personalidad. Sus cejas, fuertemente pobladas, sus grandes manos de campesino y un vozarrón que surgía de las profundidades de sus pulmones eran características que no coincidían con las que yo asociaba a los espías. Vestía de manera elegante, y ése era un dato a favor de una hipotética condición de clandestino, coronado con un pañuelo de seda alrededor del cuello. Su porte sugería que era francés y no vasco, como el resto.

Mis pesquisas estaban atascadas así que pasé al contraataque. A los niños se les permite lo que a los adultos se niega.

–¿Eres espía?

Mario sonrió. Mi padre atendía a una visita en su despacho. Mi madre, encerrada en la cocina, no existía. A Mario le gustaba enredar en papeles y libros, buscar recortes y husmear.

–Yo no soy del Partido.

–¿Cómo?

Enseguida percibió mi desconocimiento.

–El Partido es el PNV. Partido Nacionalista Vasco. No todos los exiliados somos del Partido, ni todo el Gobierno Vasco está formado con gentes del Partido.

Le pregunté por lo que me interesaba.

–¿Mi padre es del Partido?

–Por supuesto –Mario disfrutaba.

Permanecí en silencio esperando que Mario ampliara su información. Así lo hizo, en su estilo:

–El Partido es como Dios, está por encima de todas las cosas. Controla y dirige todo. Para ello ¿qué es necesario? –me preguntaba. Yo no tenía respuesta y él continuaba–. ¡Qué va a ser! Disciplina, disciplina y disciplina, como en el ejército. No me gusta. Además, hablan mucho y no hacen nada. Se les va la fuerza por la boca.

–¿Y por qué estás con ellos?

–Porque no hay otra cosa. Y porque son vascos, somos vascos. Por encima de las ideologías están las tribus.

La explicación me confundía. ¿Tribu? ¿Éramos indios los vascos? Decidí continuar por la primera parte de su disertación.

–Pero mi padre no sólo habla. Es espía, también hará algo.

–Ja, ja, ja –rió Mario de forma palmaria–. Conspirador como Avinareta.

–¿Quién?

Y entonces me recitó una frase que no entendí. La volvió a pronunciar pero mi mente de niño no me permitió avanzar. Si algo caracteriza a los niños es su falta de ironía. Para ellos las cosas son blancas o negras, sin restos de los matices que tan abundantemente introducen los adultos. *Avinareta o la vida de un conspirador*, de Pío Baroja. Encontré la frase de marras muchos años después. La reconocí de inmediato:

Nosotros ya no somos guerrilleros, sino unas viejas beatas que no hacemos más que rezar el rosario y persignarnos para comer, para beber, para rascarse.

La cita me inquietó porque Avinareta pertenecía a otra guerra, no a la guerra que provocó nuestro exilio. A una guerra con un siglo de historia. ¿Tan poco cambia el mundo?

Mario era un provocador, pero, a la vez, discreto. En cuanto mi padre abandonó el despacho, selló sus labios. Me lanzó un guiño, y entró con mi padre en el cuar-

to. Al rato oí unas voces y reconocí a Mario lanzando alguna de sus habituales andanadas.

–Es muy feo escuchar detrás de las puertas –me sorprendió mi madre.

A partir de entonces, Mario fue Avinareta. Si no tenía un apodo yo se lo pondría. Cada vez que cruzaba la puerta le saludaba efusivamente, como si fuera de la familia.

–Bienvenido Avinareta.

Y me guiñaba un ojo, complacientemente.

A los meses desapareció. Mi padre me dio algún detalle:

–Ha vuelto a América.

–¿Cómo que ha vuelto?

–Vive en Nueva York y en París estaba sólo de paso.

No coincidí jamás con Avinareta. Ése es el sino de los exiliados.

En París, y no sólo en el colegio, supe que el mundo era algo más que Iowa, Euskadi, Londres y París. En Estados Unidos el planeta se empequeñece hasta el punto de que no existe más allá de lo cercano. También es verdad que mi candidez era extrema. ¿Qué niño de ocho años sabe de la existencia de Paraguay por muy atractivo que sea su nombre? ¿O de Indochina? En las tertulias de mi padre, en lo poco que accedía a ellas, descubrí primero que Euskadi estaba repleta de pueblos y ciudades y que una de ellas, Bilbao, concretamente, era recurrente, como si Donostia, la cuna de mis padres, fuera una ciudad insignificante. Mis dudas se dispararon cuando Marcial afirmó:

–No debes olvidar que Bilbao fue la sede del Gobierno Vasco cuando la guerra, como ahora lo es París.

–¿Y eso da categoría a una ciudad? –pregunté.

–Claro –dudó unos instantes y continuó–. Toda la gente importante se mueve alrededor de los lugares donde se toman las decisiones.

Por eso habíamos abandonado Iowa, porque no era una ciudad en la que se tomaran decisiones. En cambio, París era importante. Nosotros estábamos en París y éramos importantes.

Pero Euskadi no eran únicamente Donostia y Bilbao, sino un sinfín de pueblos cuyos nombres se esmeraban para no incorporarse a mi memoria. Tuve que ejercitarme con labores de asociación. Una canción con Santurce, una batalla con Otxandiano, los carnavales con Tolosa, el veraneo con Biarritz, el horror con Gernika... Como en el juego de las preguntas y respuestas. Y así iba abriendo mi país desconocido.

Mi siguiente descubrimiento fue el de Europa. Y junto a ese hallazgo otro espeluznante: la guerra. No la guerra civil, la de Franco, sino la Guerra mundial, una contienda que en Estados Unidos se vivía de manera triunfal y que en Europa se contemplaba como una gran desilusión. En París el tema era tabú. Más tarde supe que los franceses, a pesar de los mitos sobre la resistencia al invasor nazi y a las tropas de Hitler, fueron un país de traidores. No sólo con los vascos o porque los tanques de Hitler conquistaron Francia en unas pocas semanas, sino porque miles de franceses, millones probablemente, colaboraron con el invasor. Al acabar la guerra se abrió un proceso a los cómplices. Cárcel, destierro, muerte... El grifo, sin embargo, se cerró. Era tal la cantidad de procesos abiertos que el Gobierno francés tuvo que echar el freno, con el freno una losa de olvido y con el olvido engrandecer el papel de los resistentes.

Francia era un hexágono que limitaba al sur con España a través de los Pirineos que formaban una "frontera natural", al estilo que los Alpes y el Jura lo hacían con Italia y Suiza, de la misma manera que el Rin la separaba de Alemania. Los franceses estaban orgullosos de su

patria y, a menudo, se olvidaban de sus vecinos de Luxemburgo y Bélgica que los consideraban “de casa”. Pero su mayor orgullo no era la pieza geométrica sino la alimentación, algo que a los norteamericanos les parecía superfluo.

Lo percibí de inmediato. Mi madre acudía asiduamente a la rue Poissonnière, adonde llegaba fresco el pescado de La Mancha y, así, nos sentíamos más cerca de nuestras costumbres, comiendo en medio de Francia un bacalao al pil pil o una merluza a la koxkera. Fue un hábito novedoso para mí. No recuerdo haber probado pescado en Iowa.

Los franceses se ensimismaban con sus quesos. Años más tarde, algunos compañeros que habían estudiado en Madrid o Barcelona me referían las costumbres hispanas en educación. La memoria era más importante que la inteligencia y por ello repetían hasta la saciedad las preposiciones, las conjunciones e, incluso, los nombres de los reyes godos medievales. Listas completas guardadas para siempre en el fondo de la memoria que se reproducían, sorprendentemente, años después ante un símbolo que hacía de mecha. Y los franceses no se diferenciaban en exceso de sus vecinos españoles. La maestrafuncionaria del Colegio Americano nos hizo memorizar las variedades de queso genuinamente francesas, como a los españoles les hacían repetir los afluentes del Tajo o del Duero. Aún hoy las recito sin dificultad, provocando la admiración de mis amigos: Beaufort, Bleu, Brie, Camembert, Cantal, Carré de L’Est, Coulommiers, Livarot, Maroilles, Munster, Pont-L-Evêque, Reblochon, Roquefort, Saingorlon, Saint-Nectaire, Saint-Paulin y Tomme. Aquel sufrimiento mental y el hecho de que por las esquinas de París resonara la máxima *Le pays aux quatre cents fromages*, me convirtieron en enemigo. Siempre he aborrecido el queso.

De Europa surgieron los nombres de Dunkerke, Stalingrado, Moscú, Berlín, Normandía... lugares asociados a la guerra. Nada relacionado con la alimentación. Y otros que, por simpatía, iban cayendo en mi zurrón de

conocimientos: Roma, Viena, Praga, Helsinki. Mi mapa llegó hasta Asia: Tokio, Pekín, Manila y algún que otro sugerente como Samarcanda.

Y todavía más lejos. Para ahondar en nuestra desazón no fue únicamente la profesora de francés la que emuló a sus vecinos españoles en eso de memorizar, sino que también los profesores norteamericanos e ingleses se pusieron a competir en esa carrera de la repetición. En este caso la Guerra de Corea, que había comenzado en septiembre de 1950, fue la excusa de los maestros para explotar nuestros recursos de retentiva.

—¿Qué flota componía la 7ª Joint Task Force? —preguntaban.

—Los cruceros *Toledo* y *Rochester* y los destructores *Gurke*, *Henderson*, *Collet*, *Swenson*, *De Haven* y *Mansfield*, norteamericanos; y los cruceros británicos *Kenya* y *Jamaica* —respondíamos al unísono, en voz alta.

—¿En que playas coreanas desembarcaron los marines de Mac Arthur? —el recuerdo de Normandía estaba demasiado fresco.

—La Roja, al norte de la isla del Cuerno de la Luna; la Verde, en la fortaleza de la isla; y la Azul, al sur.

—¿En qué fecha cruzaron los comunistas el paralelo 38?

—El 25 de junio de 1950 —aullábamos.

Día tras día, como si no hubiera cosas más trascendentales para retener. Aprendí los nombres de otros lugares coreanos y me dormía resonando su eco: Chonui, Naktong, Taegu-Pusan, Wolmido, Seúl...

El porqué de la guerra, sus causas, sus consecuencias, en fin, el resto, nunca nos lo mostraron. ¿Para qué?

Así resultó que en todos los lugares que conocía, en primera persona o por referencias, seguían un método educativo muy similar y... patriótico:

—¡*Arriba España!*

—*Vive la France!*